

Vidas perfectas

Franco E. Albrecht



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte I

Aquella noche de sábado, la música sonaba a todo volumen en la casa de la familia Torres, ubicada en la calle Manzanares al 1148 del exclusivo barrio privado Campos de Edén. Dentro, los adolescentes bailaban sin cesar, frenéticos, mientras el alcohol pasaba de mano en mano sin absolutamente ningún tipo de supervisión adulta. El típico calor de febrero había logrado, incluso, que los más osados se animaran a sumergirse en la enorme piscina del patio trasero en ropa interior.

Se suponía que iba a ser una noche perfecta. Y lo fue. Al menos hasta que alguien me disparó en la cabeza.

A mi cuerpo lo encontró Sabrina, mi hermana mayor. No se suponía que Sabrina estuviera en casa esa noche. Más temprano esa mañana me había comentado que se iba a juntar con algunas compañeras de la facultad de Medicina para estudiar. Tenía un final muy importante el lunes a primera hora y, obsesiva como era con sus notas, no estaba dispuesta a sacarse nada menos que un diez. Ni siquiera se imaginó, en aquel entonces, lo inconveniente que resultaría mi muerte para sus planes.

Eran alrededor de las cuatro de la mañana cuando Sabrina decidió bajar a la sala en su pijama, con los apuntes de Anatomía bajo el brazo. Se había acostado hacía apenas una hora con la intención de descansar un poco, pero la música que provenía de la casa de los Torres le impedía concentrarse. Hubiese bastado con cerrar la ventana para aislar por completo el ruido, por supuesto; pero mi hermana siempre había sido un tanto adepta al dramatismo.

Acababa de ocupar un lugar junto a la ventana que daba al jardín delantero, acompañada por tan solo la luz de la luna y una lámpara portátil, cuando oyó el disparo. Por supuesto, Sabrina ni siquiera pensó, en un principio, que aquel sonido extraño podía provenir de un arma. Lo confundió con el sonido del caño de escape de algún auto de los mocosos consentidos que se habían reunido en la casa de los Torres a matar sus neuronas con alcohol, entre los cuales me incluía yo.

No fue sino hasta varios minutos después, cuando dejó los apuntes a un lado y se dirigió a la cocina a buscar un vaso de agua, que Sabrina advirtió algo extraño. Los reflectores del patio trasero estaban prendidos. Aquello le resultó curioso, así que dejó el vaso de agua que se había servido a un costado y salió de la cocina por la puerta trasera. Lo primero

que notó fue que el jacuzzi estaba prendido y que había una botella de vino y dos copas en el borde, una a medio beber.

Y entonces lo vio. Mi cuerpo sin vida, tendido en el suelo, sobre un enorme charco de sangre. Le tomó un par de segundos procesar la imagen, llevarse las manos al rostro y soltar un grito cargado de horror.

Capítulo 2

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte II

Nicolás Anderson observó a través de la ventanilla la tranquilidad de las calles que llevaba casi más de dos meses sin ver. Todo seguía exactamente igual a como lo había dejado. Las casas seguían siendo igual de enormes y ostentosas, los jardines seguían estando cuidados con dedicación obsesiva y las personas seguían siendo igual de hipócritas. Amas de casa sonrientes que salían a tirar la basura, esposos devotos que lavaban sus autos lujosos. Escenas que transmitían una sensación de perfección que en realidad no existía.

—Vamos a tener que hablar en algún momento, Nico.

Sabía que su padre lo observaba a través del espejo retrovisor, pero no se molestó en devolverle el gesto. Vio pasar a un grupo de niños que iban en bicicleta en la dirección contraria y se preguntó en qué momento su vida se había vuelto tan complicada. Recordó las veces en las que había deseado crecer y no pudo evitar sentirse estúpido. Si a los seis años hubiera sabido el tipo de problemas con los que se encontraría a los dieciséis, habría deseado ser un niño por siempre.

Ricardo le dijo algo más, pero a Nico lo distrajo la vibración de su celular. Sacó el aparato del bolsillo delantero de sus *jeans* desgastados y observó el nombre en la pantalla. Caro. Dudó unos segundos, pero rechazó la llamada por tercera vez en lo que iba del día y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Sabía a la perfección que Carolina iba a seguir tratando de comunicarse con él hasta que por fin lo lograra, por lo que no tenía sentido alguno seguir evitándola. Pero solo tenía fuerzas para lidiar con un problema a la vez y su novia no encabezaba su lista de prioridades.

El auto se detuvo frente al n.º 1992 de la calle Ceibo y Nico abrió la puerta casi de inmediato. Su presencia llamó la atención de Betina Ocampo, la vecina de enfrente, que había sentido muchísima curiosidad por el paradero del hijo menor de los Anderson durante los últimos dos meses. Físicamente no había cambiado demasiado: salvo por el cabello oscuro, que ahora le rozaba los hombros, y la barba de un par de días, seguía igual. Su lenguaje corporal, sin embargo, era otro. Y Betina lo notó en la forma en que se negó a que su padre retirara su equipaje del baúl del auto por él.

—Nicolás.

Su padre lo tomó del brazo e impidió que avanzara más de un par de pasos sobre la vereda. El chico apretó la mandíbula mientras se giraba para enfrentar al hombre. Se notaba que estaba molesto; pero, ante el casi metro noventa de Ricardo Anderson, no pudo evitar acongojarse un poco. Su padre siempre le había provocado mucho respeto. En contadas ocasiones, también un poco de miedo.

—No voy a decir nada, si eso es lo que te preocupa.

—No es eso lo que me preocupa —le respondió Ricardo. Mentía—. Nada más quiero que estemos bien. Que tu madre esté bien —agregó, mientras lo soltaba.

—Lo que querés es que no sé dé cuenta de que algo pasa. Que no se dé cuenta de la clase de...

—Mirá, pendejo...

Por un momento, el hombre perdió la compostura. Pareció abalanzarse sobre su hijo como un cazador sobre su presa y Nicolás se encogió en su lugar. Pero solo por un momento. Si algo caracterizaba a Ricardo, era que rara vez perdía la compostura. Tardó apenas un segundo en dar medio paso hacia atrás, aflojar la espalda y observar de reojo a Betina Ocampo, que estaba ahogando sus begonias por intentar adivinar qué pasaba entre padre e hijo. Ricardo fingió una sonrisa y le dedicó a su vecina un breve saludo antes de posar una mano sobre el hombro derecho de su hijo y empujarlo sutilmente hacia la casa.

—Perdón... —se disculpó Nico, tras tragar saliva, consciente de que se había pasado de la raya.

—Está bien. Es algo complicado para los dos. Solo no quiero que tu madre se altere por algo que sucedió y que ya no va a volver a ocurrir, ¿sí? Te lo prometí cuando te compré el pasaje, Nico. No va a volver a pasar.

Aquel pequeño recordatorio sobre el valor de su silencio hizo que a Nicolás se le revolviere el estómago. Había aceptado, aunque fuese de forma implícita, no delatar a su padre a cambio de un pasaje de avión a Londres para visitar a sus abuelos, tíos y primos. ¿Era eso lo que valía su silencio? ¿Lo que valía la lealtad hacia su madre? ¿Treinta mil pesos?

Su padre pareció darse cuenta de que había dado en la tecla y tomó la valija que su hijo se había negado a cederle minutos atrás. La subió por los escalones del porche y se detuvo frente a la puerta para buscar la llave. Nico se quedó dos pasos más atrás, todavía tratando de encontrar alguna manera de lidiar con esa sensación de traición hacia su madre que

se acrecentaba en su pecho. ¿Cómo iba a ser capaz de mirarla a los ojos sin que advirtiera que le estaba ocultando algo?

Respiró hondo e ingresó a la casa detrás de su padre. Dentro de la residencia de los Anderson todo lucía impecable. Las paredes blancas dejaban en evidencia que por allí no corrían niños pequeños hacía ya unos buenos años, los muebles no tenían ni una mota de polvo encima y cada vidrio, cada cristal, relucía con un brillo cegador. Angelina Anderson siempre había sido una mujer obsesiva de la limpieza y demasiado detallista, al punto de que solía ir por detrás de su empleada doméstica indicando aquello que creía que no tenía aún el toque perfecto. La perfección siempre había sido su objetivo.

Ricardo dejó las llaves sobre una bandeja negra en la mesa de entrada, junto a unos apuntes de Anatomía olvidados, y se aflojó la corbata. Pese a que era sábado, Ricardo había estado en la oficina antes de escaparse para buscar a su hijo al aeropuerto. Como jefe de Marketing de una de las empresas más importantes de la ciudad, rara vez descansaba los fines de semana, sobre todo cuando en un par de días se largaría una nueva campaña publicitaria.

Nico atravesó el comedor para llegar a la cocina, donde lo recibió su madre. Apenas si acababa de poner un pie dentro de la habitación cuando la mujer lo estrechó entre sus brazos. Angelina solía parecer un tanto fría a simple vista, impresión causada quizá debido a su aspecto siempre tan pulcro, tan perfecto. Aquella mañana, sin embargo, vestía una blusa suelta y unos jeans, muy alejados de la ropa formal que solía utilizar para el trabajo. El cabello negro, suelto hasta la mitad de la espalda en lugar de un tirante rodete, le proporcionaba incluso algo más de calidez.

—Esa barba, Nico. Te tenés que afeitar. —Fue lo primero que le dijo cuando se alejó unos centímetros y lo tomó del rostro para observarlo mejor.

—Yo también te extrañé, mamá —sonrió él.

—Supongo que todavía no desayunaste. Sentate, te hice unas galletas con chips de chocolate. ¿Te hago un té? ¿Café? ¿Chocolatada?

—Té está bien —respondió Nico, mientras se sentaba a la mesa de la cocina.

Su padre se dirigió hacia la heladera y sacó una botella de agua fría.

—Yo tengo que volver a la oficina en un rato, Angie. Creo que voy a almorzar allá. Aguilar está un poco paranoico con el tema de la campaña.

—Ya sé. Llamó hace un rato. —Angelina puso la pava eléctrica y se giró hacia su esposo, que se había apoyado en el desayunador de mármol y tomaba agua directamente de la botella—. Hay un tema con el despido de Anahí Álvarez, así que tengo que pasar a buscar algunos papeles —le comunicó, antes de acercarle un vaso.

Nico se tensó en su lugar, pero no dijo nada.

Su madre trabajaba en la misma empresa que Ricardo, aunque en el Departamento legal. Carlos Aguilar le había ofrecido el puesto siete años atrás, durante una cena casual, tras escuchar que Angelina había decidido abandonar el bufete de su padre. Todos en Campos de Edén y los alrededores sabían que los Machado eran los mejores abogados del área y que Angelina, en particular, era una estrella.

Mientras le servía el té con galletas a su hijo, Angelina comenzó a preguntarle detalles sobre su viaje. Ya conocía la mayoría de las historias; después de todo, no era como si hubiesen estado incomunicados durante los últimos dos meses. Mostró particular interés en saber qué había hecho Nico el 9 de febrero, el día de su cumpleaños número dieciséis. Él se centró en la cena familiar y le comentó muy por encima la salida con sus primos. Angelina no lo supo en ese momento, pero Nico ocultaba algo.

—Pero miren lo que trajo el viento...

Nicolás bebió un último sorbo de su taza de té antes de girar para encontrarse cara a cara con su hermana mayor.

Valeria se acercó con una sonrisa, pero no lo abrazó, sino que se limitó a darle un beso en el aire.

—*Sorry, bro*, pero estoy toda transpirada. Salí a correr. ¿Papá ya se fue?
—le preguntó a su madre, mientras se acercaba a la frutera que descansaba encima del desayunador y se hacía con una manzana roja.

—Recién. Aguilar lo volvió a llamar.

—Oh. Contaba con que me llevara hasta el centro.

—Te puedo llevar más tarde. Tengo que ir a la oficina a buscar unos papeles. ¿No querés una galleta?

—¿Y arruinar mi figura? No, gracias —sonrió, antes de ir a sentarse frente a su hermano menor—. ¿Seba ya vino?

Nico negó con la cabeza.

Sebastián era su otro hermano, el del medio. Su relación se había tornado un poco tensa durante los últimos años, aunque Nico no sabía con exactitud por qué. De los tres, era el que más se parecía a Ricardo, al menos en cuanto a lo físico. Cabello rubio oscuro, ojos verdes y tez bronceada. Incluso tenía la altura y el porte. En personalidad, sin embargo, era un mundo aparte. Bromista, extrovertido, histriónico; todo lo contrario de su padre. Nico y Valeria, en cambio, eran mucho más parecidos a su madre.

Todos los sábados desde hacía aproximadamente un año y medio, Sebastián se juntaba a jugar al fútbol con sus amigos. Uno hubiera pensado que, quizá, ese día haría una excepción. Después de todo, era el día en que su hermano regresaba a casa después de pasar dos meses en otro país. Pero la idea ni siquiera había pasado por la cabeza de Sebastián.

—Creo que me voy a ir a tirar un rato. Estoy muerto. Por el vuelo —les anunció Nico a su madre y hermana.

Ninguna de las dos se opuso, pese a que su hermana se moría de ganas por saber qué regalos le había traído su hermanito de Londres. Ambas entendían que Nicolás estuviera cansado, así que Valeria le prometió que lo despertaría para el almuerzo y Angelina le dijo que no se preocupara por subir la valija, que ella se haría cargo luego. Nico suponía que su madre quería inspeccionar en qué condiciones estaban las prendas que había llevado antes de poner a lavar todo, incluso lo que ya estaba limpio.

Una vez en su cuarto, Nico se dejó caer sobre la cama. No cerró los ojos ni intentó conciliar el sueño, sin embargo, sino que se quedó observando el techo, allí donde solía tener estrellas fluorescentes que lo iluminaban durante la noche. Cuando era pequeño, eran esas estrellas las que le permitían dormir. Lo hacían sentirse protegido. Pero llevaban años en el fondo de alguna caja, dentro de su armario. Un día habían dejado de tener ese efecto en él. Y ya nada más lo había logrado.

Se pasó las dos manos por el rostro y soltó un suspiro por lo bajo. No quería pensar en el secreto que le estaba guardando a su padre. Tampoco quería pensar en el día de su cumpleaños y la salida con sus primos en Londres.

Se giró hacia un costado y se quedó observando una fotografía que descansaba en un marco plateado en su mesa de noche. No debía tener más de seis años en aquella imagen. Por aquel entonces llevaba el cabello corto y peinado hacia un costado, incluso aunque vestía un short de baño y acababa de salir de la piscina. A su lado, un niño rubio y escuálido que le sacaba media cabeza le pasaba un brazo por sobre los hombros. Con la otra mano enseñaba el pulgar hacia arriba en dirección a la cámara. Lucas

Torres. Junto a él estaba su melliza, Celeste, con el cabello atado en dos trenzas y una malla rosa. La última persona en la foto era una chica delgada de cabello negro y ojos celestes, con una malla horrible de color amarillo. Daniela Castillo. Yo, diez años atrás.

Nico cerró los ojos. Por aquellos días, parecía que a donde fuera que dirigiese la mirada se escondía un secreto.

Capítulo 3

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte III

Paraíso, el centro comercial de Campos de Edén, había terminado de construirse hacía tan solo siete meses. Los desarrolladores del proyecto no habían estado seguros, en un principio, si el lugar tendría el éxito esperado. Sí, los residentes de Campos de Edén tenían dinero de sobra, pero ¿era allí donde irían a gastarlo? No bastó más que conseguir que un par de marcas renombradas abrieran sus locales en Paraíso para que los compradores compulsivos de Campos de Edén y sitios aledaños se dirigieran hasta allí en masa, con sus tarjetas de crédito en alto.

Una de las compradoras habituales de varios de los locales de Paraíso era Celeste Torres. Celeste era reconocida en el centro comercial no solo por la cantidad de dinero que estaba dispuesta a gastar sin siquiera pensarlo dos veces, sino también por el estilo del que hacía gala y las miradas que siempre atraía. Y es que Celeste no solo era una chica atractiva, sino que también estaba siempre a la moda. Entre sus compañeras era la que marcaba tendencia.

—¿Qué les parece?

Florencia Bazán se giró hacia sus amigas con una enorme sonrisa y un vestido de color rojo apoyado sobre su cuerpo. La tela, fina, caía suavemente hasta por encima de sus rodillas. Era un modelo exquisito, pero osado. Sobre todo, para alguien como Florencia, que había cortado con su novio hacía dos meses y, con él, la dieta. Flor era una chica atractiva, de cabello castaño, tez morena y ojos almendrados. El peso no era realmente un problema para ella. Sí lo era, en cambio, su buen gusto. Y la incapacidad de darse cuenta de cuáles eran las prendas que podía lucir y cuáles no.

—Te queda pintado, Flor.

Johanna Ponce de León no era una mala persona. Jamás le diría a una de sus amigas que una prenda de vestir le quedaba bien con la intención de hacerla quedar mal. Pero nunca había tenido una personalidad fuerte e imponer su opinión no era una de sus virtudes. Por lo general, Joy se conformaba con asentir ante cualquier cosa que los demás propusieran, sobre todo y si con ello se ganaba una mirada de aprobación.

Celeste, sin embargo, no era como ninguna de las dos. Su gusto siempre había sido exquisito y nunca se había caracterizado por ser una persona

con demasiados pelos en la lengua. Aquella confianza y soltura no la habían acompañado desde pequeña, sino que habían sido detalles de su personalidad que había ido retocando con el paso del tiempo. De las dos, siempre fui yo la más directa, la de la lengua más filosa. O al menos así supo ser durante un buen tiempo.

—¿El flequillo te está tapando los ojos, Joy? —le preguntó a su amiga, mientras dejaba el blazer blanco que había estado analizando en detalle y se giraba en dirección a Florencia. Hasta ese momento se había limitado a observarla de reojo, a juzgarla en silencio—. No me malinterpretes, Flor. El rojo es tu color y te queda divino. Pero me parece que ese vestido no es... propio de tu estilo. Te quedaría mejor algo más largo, aunque con escote, por supuesto.

Florencia se pasó la lengua por los labios, contrariada. Por un lado, no estaba de acuerdo con la opinión de Celeste. Creía que la chica no quería que se comprara aquel vestido solo porque no quería que la opacara en la fiesta de esa noche. Porque le tenía envidia. Por otro lado, era consciente de que si algo sabía Celeste era cómo combinar la ropa y cuáles eran los atuendos más adecuados. En ese momento, se vio enfrentada con dos opciones: seguir sus instintos y arriesgarse a verse mal o seguir el consejo de Celeste y arriesgarse a no sobresalir en la fiesta.

—Si vos lo decís... —murmuró, poco convencida, mientras devolvía el vestido.

—Vi un modelo divino en la vidriera. El negro. Podrías pedir que te lo muestren... —sugirió Celeste, sin darle demasiada importancia al asunto, mientras se acomodaba un mechón de cabello dorado detrás de la oreja.

Sin decir nada, Florencia se marchó hacia el frente de la tienda. Johanna se quedó de pie en su lugar, recalculando, sin saber si era mejor ir detrás de la chica o permanecer con la abeja reina. Celeste siguió viendo la ropa que estaba colgada, con cara de que nada la convencía. Tenía un vestido amarillo precioso en su armario que sería perfecto para esa noche, pero ya lo había usado en otra ocasión y no estaba segura de querer repetir. Aunque tampoco estaba segura de querer comprarse un conjunto cualquiera. Al menos hasta que trajeran la nueva colección, nada en esa tienda la llamaba.

—Yo tampoco tengo idea de qué me voy a poner esta noche —suspiró Johanna, verdaderamente acongojada—. O sea, tengo los vestidos que me traje de Milán, ¿viste? Pero me parece que son muy de cóctel y la de esta noche no va a ser precisamente una fiesta formal, ¿no? —sonrió, mientras observaba con ojo crítico una blusa de color rosa salmón.

No, la fiesta que tendría lugar esa noche en casa de los Torres sería de todo menos formal. Efraín y Lucía Torres, los padres de los mellizos,

habían decidido realizar una escapada romántica durante la última semana de febrero y les habían dejado a sus hijos la casa completamente sola. Es decir, a excepción de la casual presencia de las empleadas domésticas. Tanto Efraín como Lucía sabían a la perfección lo que sus hijos eran capaces de hacer con semejante libertad, pero nunca les había importado mucho. Siempre y cuando la casa estuviera limpia a su regreso y no se metieran en ningún tipo de problema, los mellizos gozaban de luz verde para hacer lo que se les antojara.

Era por eso que a Lucas se le había ocurrido realizar una fiesta para despedir el verano. Ese lunes tendrían que regresar a la aburrida rutina que suponía ir a clases en el exclusivo colegio privado William Shakespeare, por lo que aquella tenía que ser la mejor fiesta que se hubiera visto en Campos de Edén. Lucas se había encargado de conseguir el alcohol y Celeste había organizado la música y otros detalles. Ambos querían que aquella fuese una fiesta inolvidable.

Y lo sería. Aunque no por las razones esperadas.

—Celeste, ¿me estás escuchando?

Johanna observó a su amiga con insistencia. Tras realizar un pequeño monólogo sobre sus expectativas para esa noche y repasar los atuendos que tenía en casa, la chica había optado por un top color verde loro que en ese momento le estaba mostrando a Celeste, a la espera de algún tipo de reacción. Pero su amiga tenía la mirada perdida más allá de la tienda.

—Con tus tetas, ese top es una opción arriesgada. Fíjate si Flor necesita ayuda. Yo ya vuelvo.

Sin decir más, Celeste Torres abandonó la tienda de ropa. Johanna permaneció con la boca abierta, sin moverse ni un centímetro de su lugar, todavía impactada por lo que acababa de oír. En el fondo, Celeste era consciente de que, esa vez, con ese comentario, quizá se había pasado un poco de la raya. Pero no había podido evitarlo. No cuando acababa de ver a Dante entrar a la tienda de enfrente. Acompañado.

Durante un segundo, Celeste se vio invadida por la duda. ¿Y si en lugar de buscar confrontarlo, daba media vuelta y se marchaba? No necesariamente tenían que discutir allí, mucho menos cuando su esposa estaría cerca. Se mordió el labio inferior, dubitativa, antes de decidir dar un paso hacia adelante y adentrarse en aquella tienda de ropa y artículos para bebés.

Dante Blas estaba de pie junto a una muestra de enteritos rosas y celestes para bebés recién nacidos, con un brazo alrededor de la cintura de su esposa, Melisa. Celeste la había visto de lejos en varias ocasiones y nunca había entendido por qué Dante seguía con ella. No poseía ninguna

característica sobresaliente. Era una mujer que pisaba los treinta, común y corriente. Sí, quizá tenía bonita piel y aparentaba un par de años menos, pero nada más que eso. Al lado de Celeste Torres, no era nadie.

La chica negó con la cabeza cuando una de las vendedoras le preguntó si acaso necesitaba ayuda con algo. Hizo de cuenta que estaba observando muy de cerca una cuna doble mientras que, de reojo, observaba a Dante y su esposa. En cuanto la mujer se alejó unos pasos, con la intención de probarse la ropa de maternidad que también vendían en el local, Celeste abandonó su lugar junto a la cuna y avanzó con paso decidido hacia Dante. De no haber estado alfombrado el suelo, el clic clac de sus tacones habría sido por demás evidente.

—Felicitaciones —sonrió a espaldas de Dante, con el tono más falso que pudo evocar en ese momento.

Cuando el hombre se dio la vuelta, estaba pálido. Seguramente no esperaba encontrarla allí. Aunque, ¿en qué había estado pensando? Celeste le había comentado en más de una ocasión que amaba ir de compras a Paraíso, o incluso solo dar una vuelta y tomar algo con sus amigas. ¿En verdad le sorprendía verla allí?

—Celeste... ¿Cómo estás? —le preguntó, no sin antes controlar que Melisa no los estuviera viendo.

—¿Me lo preguntás así? ¿Tan casual? ¿Mientras compras ropita de bebé con tu esposa, Dante?

—Baja la voz, Celeste —le imploró el hombre, con la mandíbula tensa. Se hizo un breve silencio tras el cual él soltó un suspiro—. No lo estábamos buscando, naturalmente. Fue... imprevisto. No sabía cómo decirte.

—¿De cuánto está?

—¿Cómo?

—¿De cuántos meses está tu mujer, Dante? Me imagino que no vienen de hacerse el test de embarazo. Ya están viendo ropa, por amor a dios.

—Seis semanas, nada más. Te juro que intenté decírtelo. Pero nunca parecía el momento apropiado.

Celeste bufó con incredulidad por lo bajo. Apartó la mirada durante unos segundos mientras ponía los brazos en jarra y se preguntaba qué hacer a continuación. Armar escándalos nunca había sido su estilo. Nunca le había interesado que alguien se enterara de su romance con un hombre casado y si se había cruzado desde la tienda de ropa para enfrentar a Dante había sido solo porque la visión de la parejita feliz entrando a comprar alguna

prenda para su bebé le había parecido repulsiva. Sobre todo, cuando Dante llevaba semanas diciéndole que estaba esperando el momento apropiado para dejar a su mujer.

Se sintió estúpida. Demasiado. ¿Es que no había aprendido nada de las novelas que veía su madre? ¿De las historias que escuchaba? Nunca ningún hombre dejaba a su esposa por su amante, eso lo sabía todo el mundo. Sobre todo, cuando su amante era una chica menor de edad. Y eso que la edad no era el único agravante en aquella situación. Sin lugar a duda había sido una idiota por creer que ella tendría una historia diferente.

—Ni te molestes, Dante. Hasta acá llegamos.

Al menos, tendría la oportunidad de terminar las cosas con dignidad. O algo así.

Sus intenciones de abandonar la tienda con la cabeza en alto, pero con un toque de dramatismo, se vieron opacadas cuando sintió la mano de Dante alrededor de su muñeca. Se giró, entre indignada y sorprendida, y su primer impulso fue buscar con la mirada a Melisa. Lo último que necesitaba era que la mujer viera aquella escena, sumara dos más dos y la acusara a viva voz de ser una rompehogares.

—¿Qué estás haciendo?

Dante la soltó.

—No te vayas así, por favor. Hablemos.

—¿Acá? ¿Al lado del enterito de tu futuro hijo? ¿Con tu esposa a dos pasos?

—Veámonos en donde siempre. Hoy a la tarde. Por favor.

—Olvidate, Dante. Esto se acabó. Nunca vas a dejar a Melisa y los dos lo sabemos. Y yo ya me cansé de ser tu juguetito.

—No digas eso, no sos...

—¿Pasa algo?

Los dos se sobresaltaron cuando los interrumpió el sonido inesperado de mi voz.

Sabía que Celeste y las dos perras falderas que tenía por amigas estaban en el centro comercial de Campos de Edén por las historias de Florencia en Instagram. Por eso me había dirigido hasta Paraíso, para buscarla y

comentarle aquella noticia de la que me acababa de enterar. Fue mientras me dirigía al local de ropa que mi vista se posó en la tienda de enfrente y descubrió justo a la persona que estaba buscando... en compañía de alguien más.

—Castillo.

Dante se aclaró la garganta, nervioso, sin saber muy bien cómo reaccionar ante mi presencia.

—Profesor Blas —le sonreí.

Celeste frunció los labios, soltó un bufido, dio media vuelta y comenzó a alejarse. Dante hizo ademán de seguirla, incluso pese a que su pequeño intercambio de palabras comenzaba a llamar la atención del resto de la tienda, pero yo me interpose. Le corté el paso, firme, y lo observé directo a los ojos con una sonrisa desafiante. «Yo que vos me quedaría en donde estoy», pensé. Dante pareció captar el mensaje en el brillo de mi mirada.

—¿Qué se le ofrece, señorita Castillo?

—¿A mí? Nada. Pero creo que mi amiga quería que la dejara en paz.

—Observé brevemente a mi alrededor, como si acabara de darme cuenta del lugar en el que estaba—. ¿Y sabe qué? Si fuera usted, haría eso.

—Entonces me incliné unos centímetros hacia adelante, para susurrarle—. No querrá que a su esposa le sigan llegando rumores de que tiene una amante. El estrés no sería bueno para el bebé.

Pude notar el odio en la mirada de Dante, pero me importó muy poco. Sin borrar la sonrisa de mi rostro, giré sobre mis talones y fui detrás de Celeste. En lugar de ir a buscar a Johanna y Florencia a la otra tienda, se alejó por el pasillo en dirección a la salida. Sus amigas la encontrarían luego. Yo apresuré el paso un poco, sin precipitarme. No estaba dispuesta a ponerme a correr, mucho menos con las sandalias con cuña que llevaba puestas.

—No vale la pena, Ce —le dije, mientras me acomodaba el cabello negro hacia un costado. Ella no respondió nada. Nunca le había terminado de agrandar que me hubiera enterado de su romance con uno de los profesores de nuestro colegio.

—Apreciaría mucho que no hablemos del tema.

—No hay problema. Tengo que contarte algo más interesante, de todos modos. A que no sabés quién volvió hoy a Campos de Edén...

Capítulo 4

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte IV

Lucas le mordisqueó el lóbulo y Jimena soltó un suspiro. Acarició los pechos de la chica por debajo de su uniforme antes de recorrer su abdomen con delicadeza y llegar hasta la cadera, de la cual se prendió con firmeza. Aumentó el ritmo de sus estocadas y Jimena tuvo que morderse el labio para no soltar gemidos que pudieran llegar al otro lado de la puerta. Giró apenas el rostro para buscar los labios de su acompañante, pero no los encontró. Jimena no lo sabía y, probablemente, jamás se enteraría; pero Lucas solo guardaba los besos para quienes le resultaban en verdad interesantes. No era el caso.

La chica inclinó la cabeza hacia adelante y se aferró con fuerza a la mesa. Lucas, con el culo lampiño al aire y los pantalones por los tobillos, aumentó todavía más el ritmo de sus embestidas. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos cuando por fin alcanzó el clímax. Su cuerpo se estremeció por completo, al igual que el de Jimena. Durante unos segundos, ninguno de los dos abandonó su posición. Se quedaron allí, en silencio, saboreando el orgasmo. Pero solo durante unos segundos.

—Nunca había hecho algo así —soltó Jimena con una sonrisita nerviosa, mientras se bajaba la falda a cuadros verde y negra que usaba para el trabajo.

Lucas, que ya se había subido los pantalones y se estaba acomodando el cinto, alzó apenas la mirada y le dirigió a la chica una de esas sonrisas galantes con las que traía muerta a más de una.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Y puede haber una segunda vez, también... —deslizó Jimena.

Él no contestó nada. Se limitó a dirigirla a la chica una nueva sonrisa mientras ella se acomodaba un poco el cabello. Aquella era otra cosa que Jimena no sabía, una conclusión a la que quizá llegaría sola, con el paso del tiempo: Lucas rara vez repetía polvos. Después de todo, un chico tan atractivo y encantador como él no tenía problema alguno a la hora de conseguir quien quisiera divertirse un rato a su lado. Al igual que su hermana melliza, Lucas parecía sacado de una pasarela.

El primero en abandonar el depósito fue él. Jimena había decidido aguardar unos segundos y no regresar directo al mostrador, sino que

sacaría antes la basura. Lo había decidido así no solo para no levantar sospechas, sino también para deshacerse rápidamente de la evidencia. Si su supervisora encontraba un preservativo usado en el tacho de basura del depósito, Jimena tendría problemas. Y ella, a diferencia de Lucas, sí necesitaba trabajar.

En la parte delantera de la cafetería, en una mesa muy bien ubicada junto al vidrio que daba a la calle, un grupo de adolescentes observaba el regreso triunfal de su mejor amigo. Ninguno de los tres había creído que Lucas fuera capaz de cogerse a la camarera que les había tomado los pedidos, incluso aunque todos estuvieran al tanto de la naturaleza seductora del chico. Pero una cosa era levantarse a una minita en una fiesta, de noche, con un par de tragos de por medio; otra muy diferente era hacerlo a plena luz del día, en una cafetería.

—Me parece que alguien me debe plata. —Lucas ocupó su lugar junto a Maximiliano, el más alto de los cuatro y la estrella del equipo de natación del colegio.

—Me dejás con la boca abierta, rubio. —Admitió su derrota el chico, mientras buscaba la billetera y sacaba quinientos pesos.

Ignacio y Mariano lo imitaron.

—Yo en realidad nunca dudé de vos, Luquitas.

—Apostaste en mi contra, Nano, así que disculpame si no te creo.

De los cuatro, Mariano Córdoba era el más nuevo. Su familia se había mudado a Campos de Edén hacía apenas un año y medio. Su padre se había ganado la lotería, había invertido una parte en su negocio y con el resto se había comprado un par de propiedades. Todo el mundo sabía que los Córdoba eran sapo de otro pozo, que pese a que ahora tuvieran dinero de sobra no pertenecían realmente a aquel ámbito social. Todo el mundo lo sabía, pero rara vez lo mencionaban.

Lucas y sus amigos habían decidido dejar entrar a Mariano a su grupo no porque el chico les cayera bien, sino por presión de sus padres. O al menos así había sido al principio. Con el tiempo, sin embargo, Mariano se había ganado el lugar entre sus pares, aunque a veces tuviera actitudes un tanto irritantes. Una de sus principales habilidades era su capacidad de conseguir el mejor alcohol a un precio completamente razonable y por cantidades. En ocasiones, incluso, Mariano lograba hacerse con otro tipo de sustancias recreativas un tanto más... controversiales.

—Bueno, dale. Contá. ¿Qué tal estuvo? —le preguntó Ignacio, antes de llevarse a la boca un puñado de las papas fritas que habían quedado en el

plato.

Ante la atenta mirada de sus amigos, Lucas dejó descansar la espalda sobre la silla, estiró las piernas y, con una sonrisa ganadora, comenzó a relatarles cada detalle de su encuentro fortuito con la camarera en el depósito de la cafetería. Cada tanto metía algún dato de color que provocaba la risa del grupito. Para sus tres amigos, aquella había sido una gran hazaña. Un par de miradas indiscretas se escaparon en dirección al mostrador. Jimena ya había regresado de tirar la basura hacía ya un buen rato y preparaba los cafés mientras su compañera tomaba los pedidos a los clientes nuevos.

—Están hablando de vos. Y se están riendo, Jimena —le susurró Mónica por lo bajo, mientras anotaba con un marcador negro el nombre de una mujer cuarentona que no paraba de discutir por teléfono con su marido.

Jimena hizo oídos sordos a los reclamos de la chica. Mónica se acomodó las gafas y observó de reojo con desprecio a Lucas y su grupito de neandertales. Regresó su atención al café que estaba preparando y no pudo evitar preguntarse cómo Jimena había sido capaz de caer en las garras de Lucas Torres. Quizá no estuviera del todo familiarizada con las actitudes del chico, ya que no iba al colegio con ellos, pero esa no era excusa. Mónica le había hablado un sinfín de veces a su compañera de trabajo sobre el desagradable comportamiento de aquel grupito. E incluso si no lo hubiera hecho, habría bastado nada más con verlos.

Por supuesto, Mónica era una completa hipócrita. Ella alguna vez se había sentido inexplicablemente atraída por Lucas Torres. Había sido yo la que le había tenido que abrir los ojos: Lucas era un cerdo y siempre lo sería. Además, no era como si Mónica alguna vez fuera a tener una oportunidad con él. Ni las gafas de culo de botella ni el cabello grasoso o el maquillaje barato le resultaban favorecedores.

—Y van a seguir hablando de vos durante un buen tiempo. —Ahora que ya había tomado el último pedido, Mónica se dedicó a seguir taladrándole la cabeza a Jimena—. Bien podrías haber dejado que los cuatro te vieran desnuda, es prácticamente lo mismo.

—Sos una pesada, Mónica —murmuró Jimena, mientras controlaba la caja. Bajó la mirada. Por dentro, sin embargo, comenzaba a sentir que quizá había cometido un error. ¿Lucas solo había estado jugando con ella?

Mónica estaba por decir algo más cuando las angelicales campanillas que colgaban sobre la entrada anunciaron la llegada de un nuevo cliente. Su mirada se tornó en una de decepción y resentimiento al darse cuenta de que aquella chica alta, de camisa, jeans y tacos no era otra más que Celeste Torres, la melliza de Lucas. No iba acompañada de su séquito de

cabezas huecas, lo cual era extraño. Una hora atrás, Mónica la había visto pasar junto a Florencia y Johanna en dirección a las tiendas de ropa.

En la mesa que ocupaban los cuatro amigos, Maximiliano se sentó bien derecho en cuanto advirtió que la hermana de Lucas acababa de entrar a la cafetería. Mariano e Ignacio, que estaban de espaldas a la puerta, no se dieron por enterados de la aparición de la chica sino hasta que la tuvieron a un costado. Si se hubiese tratado de cualquier otra chica, quizá habrían soltado algún comentario inapropiado sobre su estilizada figura. Sin embargo, los dos sabían muy bien que con la hermana de su amigo no se jodía.

—Lu, ¿tenés un minuto?

Mariano ahogó una risa. Siempre le había causado mucha gracia que Lucas se dejara llamar “Lu” por su hermana.

—Hola, ¿no? —intervino Maximiliano—. No estamos pintados.

—Es verdad, no están pintados —le respondió Celeste con una sonrisa cargada de condescendencia—. Pero unas manos de pintura no les vendrían mal. Para ocultar las imperfecciones, digo.

—Siempre tan agradable, vos —se rio el chico.

—¿Pasó algo? —preguntó Lucas, mientras se enderezaba un poco en su asiento él también.

Con un simple gesto de cabeza, Celeste le hizo saber a su hermano que era mejor que hablaran en privado. Lucas comprendió de inmediato y se puso de pie, dispuesto a seguir a su hermana fuera de la cafetería. Los mellizos siempre habían tenido una suerte de conexión especial. La mayor parte del tiempo podían comunicarse perfectamente sin palabras, sobre todo cuando se trataba de cosas importantes. Para las nimiedades del día a día, a Lucas le gustaba fingir que no entendía el lenguaje con el que se manejaba su hermana, solo para molestarla un poco.

El sol brillaba en lo alto del cielo fuera de Heaven, la cafetería más concurrida de Paraíso. El calor y la humedad se hicieron bastante evidentes (dentro había aire acondicionado), incluso bajo la sombra de los árboles que adornaban la vereda. Un auto les tocó bocina al pasar y ambos hermanos alzaron una mano en un saludo vago, sin significado. Ni siquiera sabían quién se escondía detrás del volante. Otra persona ni siquiera hubiera tomado aquel bocinazo como un intento de saludo a lo lejos, pero los Torres estaban bastante acostumbrados a ser el centro del mundo.

—No me digas que los viejos vuelven antes de viaje —le pidió cuando, tras encontrar protección bajo la copa de un lapacho rosado varios metros más allá de la cafetería, Celeste no le comunicó de inmediato el porqué de su repentina aparición.

—No, no es eso. Ni siquiera sé qué están haciendo mamá y papá.

Lucas relajó los hombros. Lo único que le faltaba era que a sus padres se les hubiera ocurrido regresar antes de Río, cuando no se suponía que volviesen hasta dentro de un par de días. Aquello habría arruinado por completo sus planes para la fiesta de esa noche. Efraín y Lucía siempre les habían permitido hacer de las suyas, pero Lucas dudaba que aceptaran una fiesta mientras intentaban dormir en el cuarto matrimonial. Sobre todo, teniendo en cuenta las características de aquella fiesta en particular.

—Entonces, ¿qué pasa?

Celeste dudó un segundo. Se remojó los labios.

—Es Nico. Volvió hoy de Inglaterra.

Se produjo un breve silencio. Entonces Lucas encogió los hombros, como si aquel asunto realmente no le importara, cuando los dos sabían muy bien que no era así.

—Ah. Eso. Bueno, ¿y qué tiene?

—¿Cómo “y qué tiene”? Hay que hablar con él, Lucas. Sobre lo que pasó. No podemos permitir que le diga nada a nadie.

—Tranquila, Ce. No le va decir a nadie.

Celeste se mordió el lado interior de una mejilla, frustrada ante la aparente calma que expresaba su hermano.

—No podemos estar seguros. ¿Y si abre la boca? —No dejó que su hermano respondiera—. Si abre la boca, estamos jodidos, Lucas. Muy jodidos.

Capítulo 5

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte V

Nico ahogó un bostezo al regresar a su habitación. No había logrado pegar un ojo antes del almuerzo, sino que había sido después de comer junto a su madre y su hermana que finalmente pudo descansar un poco. Pese a que había dormido alrededor de tres horas, todavía tenía sueño. Ni siquiera un poco de agua fría en el rostro parecía ser capaz de despertarlo por completo. Era como si todo el cansancio que había cargado en el vuelo de repente se hubiera depositado sobre sus hombros. Aunque no era ese el único peso que tenía que soportar.

Se dejó caer otra vez sobre su cama y tanteó sobre su mesa de noche en busca del control para prender la televisión. Mientras pasaba de canal en canal, su celular sonó otra vez. Durante un segundo, Nicolás consideró seriamente ni siquiera molestarse en ver de quién se trataba en esa ocasión. Era muy probable que fuese Carolina, su novia, y todavía no estaba seguro de si quería hablar con ella. O de si podía hacerlo, más bien. Se pasó una mano por el cabello, nervioso, antes de soltar un largo suspiro y enderezarse para buscar el teléfono.

Para su suerte, no se trataba de Carolina.

—Hola, baby, ¿cómo estás?

La voz de Constanza, una de sus mejores amigas, le provocó una sensación cálida en el pecho. Si bien se habían mantenido en contacto durante su estadía en Londres, nada se comparaba a una charla telefónica. Para verse en persona iban a tener que esperar a que comenzaran las clases. Constanza estaba pasando las vacaciones en la casa que sus padres tenían en las sierras, junto a su familia y Martín, otro de sus amigos. Volverían el domingo a última hora. El plan original había sido que Nicolás fuera con ellos.

—Con ganas de dormir durante dos días seguidos —rio Nico, tras acomodarse mejor en la cama.

—Ay, me imagino. Supongo que anduviste muchísimo allá, aunque casi no hayas subido fotos.

—Ya me conocés; no me pinta mucho que digamos la onda influencer.

Los dos rieron. Nicolás pasó a contarle a su amiga un poco sobre sus últimos días en Londres, que era lo único de lo que no habían hablado todavía. O no precisamente. Pero había ciertos detalles sobre su estadía en Londres que Nico no estaba preparado para compartir con sus amigos. Ni siquiera con Constanza, con quien se había vuelto muy cercano en el último año. Más precisamente, desde que había comenzado a alejarse de los Torres. Y de mí.

Nicolás, los Torres y yo nos conocimos cuando ni siquiera habíamos empezado la escuela primaria. Mi padre solía trabajar para el padre de Lucas y el abuelo de Nico supo manejar durante algunos años los asuntos legales de Efraín Torres. Nuestras familias siempre estuvieron más o menos relacionadas y todo apuntaba a que los cuatro seríamos el grupo de amigos más unidos que uno podría imaginar.

Y así fue, al menos durante un buen tiempo. Si algo hay que entender sobre Nicolás Anderson, es que siempre tuvo un corazón mucho más bondadoso que el nuestro. Los comentarios despectivos que solíamos dedicarles a algunos de nuestros compañeros de colegio, por más que para nosotros fueran simples bromas, a él nunca lo hicieron sentir del todo cómodo.

Por eso no resultó ninguna sorpresa que, cuando dejamos de compartir clases en el William Shakespeare, nuestra relación comenzara a perder fuerza. Antes de iniciar nuestro cuarto año, Celeste, Lucas y yo elegimos la orientación en Economía y Administración. Nico, por otro lado, eligió la orientación en Lenguas. Allí comenzó a acercarse a Constanza Maldonado, Martín Toledo y el resto de sus amigos. A Constanza ya la conocía, después de todo, eran vecinos. Con Martín hubo un poco de fricción al principio, más que nada porque el chico no confiaba en alguien que todavía era cercano a los Torres. El tiempo le probó que el tan conocido dicho "Dime con quién andas y te diré quién eres" no siempre era del todo exacto. O al menos, a simple vista. Si Martín supiera las cosas de las que Nico era capaz...

—¿Y con tu viejo? ¿Todo mal?

La pregunta tomó a Nico por sorpresa. Acababa de terminar de contarle una pequeña anécdota con una parvada de gansos en Kensington Gardens cuando su amiga decidió mencionar el tema. Durante unos segundos, nadie dijo nada. Nico pudo sentir la duda al otro lado de la línea y, en el momento en el que probablemente Constanza estaba por pedir disculpas por su atrevimiento, se decidió a hablar.

—Las cosas no podrían estar mejor. —El sarcasmo en su tono de voz era evidente. Suspiró—. Por momentos no lo puedo ni ver. No le hablé en todo el viaje desde el aeropuerto. Lo peor es que me siento culpable

cuando miro a mi madre a los ojos.

Se pasó una mano por el cabello, ansioso.

—No tenés por qué sentirte culpable. Vos no hiciste nada malo.

—¿Seguro? —rio con tristeza—. Le estoy ocultando la verdad, Coti.

—¿Y qué otra opción tenés? Ya pasaron casi tres meses, Nico.

El chico suspiró. Su amiga tenía razón en ese punto. Habían pasado casi tres meses desde el día en que Nico había descubierto la infidelidad de su padre. Había sucedido todo de manera tan casual que en el momento le había costado procesarlo. Era miércoles y había ido al cine con Constanza. Martín les había cancelado a último momento. Tras salir de la película habían decidido dar una vuelta por el centro y, de pura casualidad, habían pasado frente al edificio en el que trabajaban sus padres. Había sido entonces cuando había visto a Ricardo acompañar a su secretaria a un taxi. Nada parecía fuera de lo común. Hasta que la chica se inclinó para besarlo y él no hizo absolutamente nada para detenerla.

Después de eso, Nico había intentado enfrentar a su padre en casa sin demasiado éxito. Ricardo había desestimado sus palabras con una facilidad que a él lo había hecho sentir inseguro. ¿Y si había visto mal? No, sabía que no era posible: tenía un testigo. Y entonces, su padre había llegado con una sorpresa, un regalo adelantado de cumpleaños: un pasaje a Londres para visitar a sus abuelos y al resto de su familia paterna. Todo había sucedido tan rápido que Nico no se dio cuenta de qué era lo que estaba aceptando hasta que fue demasiado tarde.

La conversación tomó un rumbo más afable cuando Martín se acercó a hablar por teléfono. Había estado jugando al fútbol con los hermanos de Constanza y se lo notaba agitado. Le comentó a su amigo que se estaba perdiendo de unos días fenomenales junto al río, pero que esperaba que la próxima vez no se les escapara a congelarse los huevos en Londres ni en ningún otro lado.

Nico no pudo evitar soltar una carcajada. Se imaginaba perfectamente los gestos de Martín al decirle aquello, con sus rulos dorados que se movían para todos lados y sus múltiples piercings. Tenía uno sobre la ceja izquierda y dos en la oreja derecha. Según se había enterado, hacía no mucho había añadido uno en la lengua. Nico también se imaginaba la cara de fastidio de Constanza mientras el chico intentaba monopolizar la conversación. Casi podía ver cómo ponía en blanco los ojos verdes antes de gritarle que no fuera tan denso, que su amigo debía tener ganas de descansar.

—Les juro que no veo la hora de volver a verlos, chicos —les dijo, segundos antes de despedirse.

Nico dejó el celular a un costado y se quedó pensando en sus dos amigos. Se preguntó qué dirían si les contaba lo que había sucedido en Londres y la preocupante conclusión a la que había llegado. ¿Lo juzgarían por ello? ¿Comenzarían a verlo de otra manera? Cerró los ojos durante unos segundos. Era consciente de que no podría mantener aquello en secreto por siempre. Aunque, últimamente, se estaba acostumbrando tanto a guardar secretos que comenzaba a pensar que ya no sabía la diferencia entre la realidad y la mentira.

Le subió el volumen a la televisión y siguió pasando de canal hasta que encontró algo interesante. Era la primera película de *Scream* y acababa de comenzar. Todavía estaba en la escena en la que Drew Barrymore respondía a las preguntas de Ghostface. Pese a que la película era viejísima (se había estrenado hacía veintitrés años), a Nico siempre le había gustado. Era el tipo de películas que no se cansaba de ver una y otra vez.

Su teléfono celular sonó en el momento exacto en el que el asesino lanzaba una silla contra la puerta de vidrio de la sala. Nico pegó un salto en su lugar y soltó un insulto por lo bajo antes de tomar el teléfono y comprobar el nombre en la pantalla. Carolina. Se quedó inmóvil, con el aparato en la mano, mientras en la televisión, Drew Barrymore trataba de escaparse del asesino. No pudo evitar pensar en lo tentador que era en ese momento intercambiar lugares con el personaje de la película.

Tras apretar el botón mute del control remoto, Nico tomó aire y respondió al llamado de su novia. Llevaba evitando hablar con ella desde la mañana temprano y era consciente de que no podía seguir teniendo aquel comportamiento. Después de todo, lo último que deseaba era que Carolina se diera cuenta de que algo andaba mal. Se pasó una mano por el cabello, nervioso, y fingió una sonrisa pese a que no había nadie viéndolo.

—Caro, hola. ¿Cómo estás?

—¡Al fin, mi amor! Desde esta mañana que estoy intentando comunicarme con vos, ¿por qué no me atendías?

—Perdoname, pero me dejé el celular en la valija. Entre una cosa y otra no me di cuenta hasta recién. Te estaba por llamar, de hecho...

La mentira era tan evidente que Nicolás sintió una oleada de vergüenza azotarle el rostro. Si Carolina se dio cuenta de que su novio le estaba

mintiendo descaradamente, no dijo nada.

—Sí, me imaginé que capaz era algo así. No pasé a verte nada más porque estuve en lo de mi abuela, llegué hace un ratito.

Nico aprovechó para desviar la conversación y preguntarle a su novia cómo estaba la mujer. Sabía que llevaba un tiempo con problemas de salud y que una de sus hijas quería meterla en un asilo de ancianos. El padre de Carolina, sin embargo, se había negado rotundamente. Reynaldo Dos Santos había contratado a una enfermera de tiempo completo que cuidaba de su madre y la visitaba día de por medio. También obligaba a sus hijos y a su esposa a ir a ver a la mujer al menos una vez a la semana.

Carolina no quiso concentrarse mucho en la salud de su abuela, por lo que la pregunta de Nico apenas si le concedió un par de minutos de distracción. La chica estaba mucho más interesada en saber sobre las vacaciones de su novio y, más importante, en poder verlo otra vez. Llevaban más de dos meses distanciados, después de todo. Y, aparentemente, esa era la noche perfecta para un reencuentro.

—¿Una fiesta en casa de los Torres? —preguntó Nico, incrédulo, una vez que Carolina le comentó al respecto.

—Sí, ya sabés, para despedir el verano. Va a estar genial, va a ir todo el mundo. Así que pensaba que podíamos ir nosotros también.

Nico dudó. Reencontrarse con los mellizos y conmigo no era algo para lo que estuviera listo.

—No sé, Caro. Estoy muy, muy cansado.

Pero Carolina no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. Al fin y al cabo, no todos los días recibía una invitación personalizada a una fiesta semejante, algo que para ella representaba un pase a la cima de la cadena alimenticia del William Shakespeare. Por supuesto, Carolina no tenía idea de que su novio era la única razón por la que Celeste le había mandado un mensaje para asegurarse de que esa noche fuera la fiesta.

Capítulo 6

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte VI

—Ya te dije que no te quiero ver, Dante. Así que dejá de llamarme.

Celeste no le dio tiempo a Dante de decir nada más. Cortó la llamada y apoyó su iPhone sobre la mesada de la cocina con tanta fuerza que, durante un momento, temió que la pantalla se hubiese dañado. Se aferró al borde del mármol e inspiró hondo, con la intención de calmarse. Dante le había enviado incontables mensajes desde su encuentro aquella mañana e incluso la había llamado varias veces. Celeste solo lo había atendido en esa última ocasión.

Una parte de ella quería escuchar qué tenía Dante para decir, pese a que en el fondo sabía que eran solo mentiras. El hombre siempre había tenido una capacidad de seducción y manipulación envidiables. Lo más extraño de todo era que, incluso cuando Celeste era consciente de todo ello, una parte de su corazón quería dejarse caer en aquella red de mentiras. Porque cuando estaba con Dante se sentía querida, se sentía segura. Porque estaba enamorada, por más que no quisiera admitirlo.

Sacudió la cabeza, como si con aquel gesto tan simple pudiera hacer desaparecer al hombre de su mente, tomó el teléfono y decidió subir a buscar a Lucas. Aún faltaban varias horas para la fiesta, pero sus amigos iban a empezar a llegar en cualquier momento para ayudarlos a ultimar detalles. Y Celeste quería asegurarse de que con su mellizo llegaban a cierto tipo de entendimiento. Sabía que Lucas y sus amigos iban a querer usar los cuartos de la casa como si de un albergue transitorio se tratara y que ella no podía impedirlo. Pero sí podía cerciorarse de que, al menos, su cuarto y el de sus padres quedaran fuera de alcance.

Sus zapatos no hicieron absolutamente ningún ruido sobre la alfombra del pasillo de camino al cuarto de su hermano, razón por la cual Lucas ni siquiera se debió haber imaginado que ella se acercaba. En retrospectiva, debería haber golpeado la puerta.

—¡Lucas! —exclamó, escandalizada, antes de cerrar la puerta de un golpe y darle la espalda.

Había alcanzado a ver a su hermano de pie frente al escritorio en el que tenía la laptop. Por suerte estaba de espaldas a la puerta, o de lo contrario el trauma de Celeste habría sido tal que hubiera tenido que salir corriendo a terapia: y es que Lucas estaba completamente desnudo. No

hizo falta que se preguntara qué estaba haciendo, el movimiento de su brazo derecho lo dejaba bastante claro, incluso a la distancia.

—Pero qué pendejo pajero —murmuró, por lo bajo, mientras clavaba su vista en uno de los cuadros que colgaba del pasillo (una vasija con un ramo de flores) con la intención de borrar la otra imagen de su mente.

La puerta se abrió a sus espaldas.

—¿La privacidad no significa nada para vos, hermanita?

—No sé. ¿La decencia significa algo para vos? —le preguntó Celeste, todavía de espaldas.

—Te podés dar la vuelta, estoy decente.

Tras un segundo de duda, Celeste giró sobre sus talones. Efectivamente, Lucas se había vestido. Se había colocado encima una musculosa gris y un pantalón deportivo negro. Lo observó a los ojos con reproche, pero él no parecía ni un poquito avergonzado. No era la primera vez que Celeste pescaba a su hermano en una situación comprometedora, pero sin lugar a dudas había sido la más incómoda. Por lo general, solía encontrar a alguna chica en su cama mientras él estaba en la ducha.

—Quería que hablemos sobre esta noche. Antes de que empiecen a llegar tus amigos.

Lucas se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Revoleó los ojos con exasperación cuando su hermana le dijo que no quería que su casa se convirtiera en un albergue transitorio, pero que era consciente de que aquello iba a suceder de igual manera. Él, por supuesto, no lo negó. No planeaba pasar la noche entera abajo, entre la música y los tragos, sino que esperaba divertirse un poco. Y sabía que algunos de sus amigos también.

—Le ponemos llave a tu cuarto y al de los viejos y listo, ¿por qué tanto lío?

—Porque después no quiero enterarme de que, así y todo, alguno de tus amiguitos se metió a mi habitación, Lucas.

—Los voy a mantener a raya, hermanita. No te preocupes.

Su hermano le ofreció una sonrisa de oreja a oreja que no la dejó para nada tranquila. Lamentablemente, no podía hacer más que confiar en su palabra.

—OK. Te dejo que sigas con lo tuyo —le dijo, mientras hacía una mueca y señalaba vagamente el interior de la habitación.

Celeste se dio la vuelta, pero Lucas la detuvo.

—Esperá, sis... Ya que estamos...

—¿Sí?

—¿Carolina te dijo si viene esta noche?

—Estoy casi segura.

—¿Y te parece que es una buena idea?

Obviamente, Lucas no se refería a la presencia de Carolina Dos Santos en sí. Que fuera o no a la fiesta esa noche a él ni le sumaba ni le restaba nada. Pero Carolina jamás iría sola y eso Celeste lo había sabido muy bien cuando le había enviado aquel mensaje de texto en el que le decía que esperaba verla esa noche. Si la chica picaba, iría, y arrastraría con ella a su novio, que era la persona que a Celeste realmente le importaba tener en la fiesta.

Su hermana creía que la presencia de Nico esa noche era una buena idea. Lucas no estaba tan seguro de eso. Sabía que Celeste estaba preocupada por el secreto que compartían y la posibilidad de que Nico abriera la boca. Él dudaba de que el chico fuera a traicionarlos de aquella manera cuando habían acordado guardar silencio. El Nicolás Anderson que él conocía sería incapaz de hacer algo así. Lo que tenía que preguntarse, por supuesto, era si el Nico que él creía conocer era realmente el Nico que iría esa noche a la fiesta.

—Tenemos que hablar con él, Lucas. Tantear un poco el terreno, al menos. Y no es algo que podamos hacer por mensaje de texto.

Lucas se rio y su hermana lo observó con algo de desconcierto.

—Nico siempre fue más inteligente que nosotros, Ce. ¿Te creés que cuando saques el tema “casualmente” no se va a dar cuenta de que lo estás manipulando?

—Pero no lo quiero manipular, Lu. Solo quiero saber... Quiero saber dónde estamos parados, nada más.

—Si hubiese querido decir algo sobre lo que pasó esa noche, ya lo habría hecho. Antes de irse de viaje.

—No podemos contar solamente con eso.

Se produjo un breve silencio, tenso, que dejó al descubierto la clara diferencia de opiniones de los mellizos respecto a aquel tema.

—¿Y Daniela qué piensa?

—Asegurarnos de que venga fue su idea, de hecho.

No podía ser de otra manera. Cuando me enteré del regreso de Nicolás a Campos de Edén, lo que pasó aquella noche cinco meses atrás, en aquella misma casa, de inmediato vino a mi mente.

Antes del "incidente", la relación que manteníamos nosotros tres con Nico era bastante buena. Quizá ya no éramos los mejores amigos del universo, pero al menos hablábamos y nos juntábamos de vez en cuando. Después de esa noche, sin embargo, las cosas cambiaron radicalmente. Nico se avocó a sus otros amigos y si nos miraba en el pasillo era de pura suerte. Y yo sabía muy bien por qué: lo que habíamos hecho le pesaba tanto en la conciencia que vernos era un recordatorio constante del secreto que estábamos encubriendo. Era una bomba de tiempo a punto de explotar.

Fue por eso que, cuando busqué a Celeste esa mañana para anunciarle el regreso de Nico, le comenté que lo ideal sería que nuestro amigo fuera a la fiesta esa noche. Como sabía que jamás aceptaría una invitación directa, le propuse que manipuláramos a su novia. Carolina siempre había sido el tipo de chicas que ansiaba un poquito más de popularidad, así que yo estaba segura de que, si recibía un mensaje directo de Celeste, haría todo lo posible para que su novio la acompañara esa noche. Eso nos daría la oportunidad perfecta para poder hablar con Nico sobre el "incidente". Porque yo, particularmente, no estaba dispuesta a dejar que un ataque de sinceridad de su parte me arruinara la vida.

—Sigo pensando que es una idea terrible.

—Es la única idea que tenemos, Lu —suspiró Celeste antes de marcharse.

Lucas se quedó unos segundos apoyado en el marco de la puerta de su habitación, mirando la nada misma. Chasqueó la lengua y regresó al interior del cuarto. No fue junto a la laptop, sin embargo, donde tenía un chat abierto que estaba esperando la segunda parte de su show, sino que se tiró en su cama king size. Su hermana le había cortado el clima con su repentina aparición y, pese a que no le habría costado mucho recuperar la inspiración, ya no tenía muchas ganas de hacerlo.

Tras unos segundos en los que no hizo más que mirar el techo, Lucas se inclinó sobre su mesa de noche, abrió el cajón y sacó un portarretrato. En él había una foto que su madre había tomado diez años atrás. Lucas le

pasaba un brazo por sobre los hombros a Nico y, junto a ellos, posábamos también su hermana y yo. Recordaba a la perfección ese día. Había sido uno de los momentos más divertidos de su infancia. Nos habíamos pasado el día entero en la pileta, al punto de que cuando empezó a hacerse de noche y sus padres nos obligaron a salir, teníamos todos los dedos arrugados cual pasas de uva. Sonrió. Si tan solo pudiera regresar en el tiempo...

Capítulo 7

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte VII

Nico salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y el cabello húmedo. La casa estaba completamente vacía. Sus padres habían salido a cenar, Sebastián todavía no había vuelto de la casa de uno de sus compañeros y Valeria estaba en lo de su mejor amiga, preparándose para salir a bailar. Así y todo, cerró la puerta a sus espaldas tras ingresar a su cuarto por una cuestión de pura costumbre.

Mientras terminaba de secarse no pudo evitar preguntarse por enésima vez por qué se había dejado convencer por su novia para ir a la fiesta de esa noche. No solo estaba cansado por el viaje, sino que no tenía intención alguna de cruzarse con los hermanos Torres o conmigo. Al menos no hasta que supiera qué decirnos. Nicolás estaba seguro de cuál sería el principal tema de conversación cuando nos volviéramos a ver.

Pero no había podido decirle que no a Carolina. A menos que quisiera que sospechara algo de todo lo que le sucedía. A su novia no solamente no le había contado lo que había pasado meses atrás, sino que tampoco le había mencionado nada sobre la infidelidad de su padre. Mucho menos, lo que había sucedido en Londres. Eran demasiados secretos los que guardaba de la chica que supuestamente lo hacía feliz.

Aunque ese era el problema. Carolina no lo hacía feliz. Ya no. Había sido la primera chica que había besado, a los doce años, a raíz de un estúpido juego durante un cumpleaños. Aquellos segundos de intimidad compartida no significaron demasiado para él, pero sí para ella. Carolina intentó acercarse a Nico, pero no lo logró sino hasta que él comenzó a alejarse de los Torres. A partir de ahí, salidas con amigos, besos fugaces y, de repente, un noviazgo que ya transitaba su séptimo mes.

Nico se observó en el espejo de cuerpo entero que descansaba en un rincón de la habitación y se pasó una mano por el cabello, inseguro. Chasqueó la lengua y se quitó la camiseta negra que había elegido, la cual quedó tirada sobre la cama. Se dirigió hacia el armario empotrado en la pared, donde su madre ya había acomodado algunas de las prendas que él había llevado en sus vacaciones. Las camisetas estaban dobladas y planchadas en los cajones y las camisas colgaban de sus respectivos percheros.

Pasó la mano por algunas de las camisas que poseía y descartó varias en el proceso. Su dedo índice se detuvo en una camisa de jean y su mente

viajó directamente a aquella noche en Londres, dos semanas atrás, la última vez que se había colocado esa prenda.

Sus primos lo habían convencido de salir la noche de su cumpleaños a una fiesta inclusiva. Rosalie, la más grande de sus tres primos, apenas dos años mayor, tenía un amigo que conocía a la hermana del dueño del lugar y que les aseguraría la entrada. Ya había ido en otras ocasiones y le había asegurado que la música era estupenda y que la gente era muy amigable. Era el sitio perfecto para pasar una noche de diversión total, sin absolutamente ningún tipo de preocupaciones.

O casi ningún tipo de preocupaciones.

Porque había algo que a Nico lo había preocupado desde el momento uno. O alguien, más bien. Shawn, el amigo de Rosalie, le había resultado increíblemente atractivo desde el primer momento en que lo había visto. No estaba seguro de si había sido la mirada de ojos azules, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír o lo fácil que resultaba charlar con él, pero Nico se dio cuenta de que nunca antes se había sentido así con Carolina. Y aquello le había empezado a generar ansiedad. Ya había comenzado a reparar en otros chicos antes, pero esa vez era diferente.

No fue sino hasta más tarde esa noche, mientras con Shawn intercambiaban opiniones en el pequeño patio trasero de la discoteca, que Nico se dio cuenta de lo mucho que le gustaba aquel chico. Y cuando Shawn se inclinó sobre él para besarle, por un momento, se olvidó por completo de que estaba de novio. Pero solo por un momento.

—So-sorry... I... I have a girlfriend —tartamudeó cuando corrió el rostro; no porque le costara decir “Perdón, tengo novia” (su inglés era bastante bueno), sino porque nunca se había sentido tan nervioso.

Shawn formó una o con los labios, ligeramente sorprendido. Se alejó un poco para darle espacio y se rascó la frente, antes de soltar una pequeña risita.

—I guess I must have misunderstood the signals, then.

Pero no, no había malinterpretado ninguna señal.

—Sorry if I mislead you in anyway. I’m... I’m not gay. —Nico se disculpó por haberle dado la impresión equivocada. Intentando sonar seguro de lo que decía, además, le aclaró que él no era gay.

—It’s okay, mate. I never said you were —sonrió Shawn.

—I think I'll check where my cousins are. —Buscar a sus primos era solo una excusa para escaparse.

—Sure, let's do that2 —asintió el chico.

Nico soltó la camisa de jean y se decantó por una camisa leñadora ajustada al cuerpo. Mientras se observaba otra vez al espejo para ver cómo se peinaba, se preguntó qué habría sucedido de no haberle corrido el rostro a Shawn. ¿Qué tan culpable se habría sentido luego por dejar que el chico lo besara? Mucho, suponía. La culpa lo estaba comiendo en ese instante y ni siquiera había engañado a su novia. Solo le estaba ocultando una parte muy importante de su ser: «Caro, creo que me gustan los hombres». Esa, definitivamente, no era una conversación que quisiera tener con ella.

Cuando su atuendo estuvo completo, Nico le mandó un mensaje a Carolina para avisarle que iba en camino. Su novia vivía sobre la calle Gardenia, de camino a la casa de los mellizos Torres. Muchos de sus compañeros irían en auto, pese a que todos vivían en el mismo barrio, pero él prefería usar los pies. Su padre le había enseñado a manejar, pero no le gustaba sacar el auto si sabía que iba a tomar un par de tragos. Incluso aunque fuese allí dentro, en la seguridad de Campos de Edén.

Como si Campos de Edén fuese seguro.

Carolina prácticamente salió corriendo de la casa y se le tiró encima cuando Nico hizo sonar el timbre. El beso que se dieron fue... incómodo, al menos para él. Sabía a duda. Si Carolina se dio cuenta de ello, no dijo nada. No estaba dispuesta a poner en peligro la oportunidad de llegar del brazo de su novio a la fiesta de los Torres. Siempre había sabido cuándo elegir sus batallas. Aquel no era el momento.

—Estás muy linda —le sonrió Nicolás, que intentaba aparentar normalidad.

—¿Te gusta?

Carolina giró en su vestido con lentejuelas doradas. El color complementaba a la perfección su piel tostada. Objetivamente era una chica muy atractiva. Nico siempre lo había pensado. En ocasiones, hasta se había sentido afortunado de tenerla a su lado. Eso, por supuesto, había sido antes de que sus dudas cobraran fuerza, antes de que comenzara a fijarse más en otros chicos, antes de que la curiosidad le generara tanta culpa. Ahora se seguía sintiendo afortunado de que Carolina fuese su novia, pero no por las mismas razones.

Mientras se dirigían a la casa de los Torres, fue ella quien llevó adelante la conversación, prendida de su brazo izquierdo. Nico se limitaba a

responder todo lo que su novia le preguntaba sin resultar demasiado escueto y a escuchar en silencio cuando ella se sumía en algún pequeño monólogo. Carolina y su familia no se habían ido de vacaciones a ningún lado ese año, pero eso no la privó de anécdotas e historias que compartir con su novio.

—Aunque me hubiese gustado estar con vos el día de tu cumpleaños.
—Carolina suspiró con pesar, cuando todavía les quedaban dos cuadras para llegar a la fiesta. Nico se tensó visiblemente—. Al final nunca me contaste bien qué hicieron —continuó.

Su novio se llevó la mano libre al cabello y se lo desordenó un poco.

—No mucho. Salimos a bailar a un lugar al que Rosalie ya había ido varias veces. La música estuvo buena. Estaba helado, pero había calefacción en el patio. —Recordó. La imagen de Shawn inclinándose sobre él para besarlo se le cruzó de repente y Nico se atragantó con su propia saliva.

Carolina le acarició la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —se apresuró a aclarar—. Como te decía... no hay mucho para contar. Nos volvimos temprano. Allá la vida nocturna no es igual que acá.

Sin que Carolina se diera cuenta (o al menos esa fue su intención), Nico desvió la conversación hacia todas las diferencias culturales que había encontrado en su visita a Londres. No era la primera vez que iba, pero la última vez había sido muy chico y apenas si recordaba gran cosa. En aquella ocasión, sin embargo, había prestado atención a absolutamente todo. La ciudad lo había dejado encandilado.

Cuando por fin llegaron a la cuadra en la que se ubicaba la casa de los Torres, no cupo la menor duda de dónde se encontraba la fiesta. Había varios autos estacionados a ambos lados de la calle y un par en la vereda. Prácticamente todas las luces estaban prendidas y se oía el murmullo de la música a lo lejos. Había incluso un par de personas dando vueltas en el exterior de la casa. Algunos bebían un poco, otros fumaban.

Y alguien más hablaba por teléfono.

—Es la última vez que te voy a atender. Dejé de llamarme. Te lo digo en serio —murmuró Celeste. Tuvo especial cuidado de que no se le escapara el nombre.

Cortó la llamada y giró sobre sus talones, dispuesta a regresar a la fiesta. Fue entonces, sin embargo, que advirtió la llegada de Nicolás y Carolina.

Su expresión de fastidio dio lugar a una enorme sonrisa, que a lo lejos era imposible saber si era ensayada o genuina, y se acercó hacia la parejita. Lucía perfecta en su vestido amarillo suelto y sus zapatos de taco aguja. Cómo hacía para caminar sin problemas sobre el caminito de piedra que serpenteaba hasta el porche era todo un misterio.

—¡Caro, Nico! Qué bueno que vinieron.

Depositó un beso en el aire cuando se acercó a saludar a cada uno. El celular, que todavía sostenía en su mano izquierda, volvió a vibrar. Celeste no le prestó atención.

—Me costó un poquito convencerlo, pero menos mal que aceptó, no me hubiese gustado venir sola —le sonrió Carolina, mientras se pegaba a su novio un poco más.

Nico permaneció en silencio. Apenas si le dirigió la mirada a Celeste.

—Sí, cierto que hoy volviste de viaje, Nico. Debés estar cansado, ¿no?

—Un poco.

—Bueno, me alegra volver a verte. De hecho... —Celeste hizo una breve pausa—. Caro, linda, ¿no te molesta si te lo robo un segundo? Flor y Joy están preparando margaritas, por si te les querés unir.

No era tanto un pedido o una sugerencia como una orden, incluso aunque las palabras hubiesen sido pronunciadas con la mejor de las sonrisas y un tono de amabilidad total. Carolina captó el mensaje a la perfección y, pese a que durante una fracción de segundo dudó, al final terminó despegándose de Nicolás para ingresar a la casa.

—Te espero, amor —le sonrió, antes de subir los escalones del porche y perderse entre la música y la gente.

En cuanto Celeste se hubo asegurado de que Carolina desaparecía de su campo de visión, se giró en dirección a Nicolás. La sonrisa no se le borró del rostro, no por completo al menos, pero su expresión corporal sí se vio afectada. Y es que ahora que la novia de su amigo no estaba presente, finalmente podían dejar de fingir que todo estaba bien. Ella, al menos. A simple vista, no parecía que Nico estuviera muy dispuesto a fingir nada. Y eso era lo que la preocupaba.

—¿Cómo estás, Nico?

—Cansado. Pensé que ya lo habíamos dejado establecido.

Nico siempre había sido un chico simpático, pero el sarcasmo era un arma que sabía utilizar muy bien, llegado el caso.

—Me refiero a... Ya sabés. ¿Cómo estás con eso?

El chico soltó una risa fría cargada de incredulidad.

—¿Cómo te creés que puedo estar, Celeste?

—No sé, la verdad. —La sonrisa de la chica se fue desvaneciendo poco a poco—. Nunca hablamos de eso. Te cortaste solo, Nico. Prácticamente nos dejaste de hablar.

El chico permaneció en silencio durante unos segundos. Pudo escuchar con mayor atención la música que sonaba en el interior de la casa y las risas del grupito de chicos que estaba fumándose un porro junto a uno de los autos, varios metros más allá. Nico incluso pudo oír el auto que doblaba la esquina y se acercaba en dirección a la fiesta. Escuchó muchas cosas menos la preocupación genuina en el tono de voz de su amiga. O quien alguna vez había sido su amiga, quizá.

—Me está esperando mi novia, Celeste —murmuró, antes de dar un paso hacia al frente.

Pero ella lo tomó del brazo y le impidió que avanzara.

—Nico, hablemos.

Él soltó un suspiro cargado de exasperación y se soltó del agarre con un movimiento brusco.

—Vos no querés que hablemos, Celeste. Todo lo que querés es estar segura de que no voy a decir nada sobre lo que le hicimos a Rebeca —masculló entre dientes. No hacía falta que hablara en voz baja, nadie los estaba escuchando—. Porque eso es lo único que te importa. Ahorrarte la exposición, proteger tu imagen. Culpa ni un poco, ¿no?

Sin decir ni una palabra más, Nico dio media vuelta y se precipitó hacia el interior de la fiesta. Aceptó sin pensarlo el shot de tequila que alguien le ofreció en la entrada. El alcohol haría su magia más tarde esa noche y las cosas entre Celeste y Nicolás no quedarían tan mal.

Sí, el alcohol haría muchas cosas esa noche. Y no todas serían buenas.

Capítulo 8

CAPÍTULO 1

Bang, estás muerta

Parte VIII

Trastabillé en el porche de mi casa y me sostuve de la pared. No había tomado tanto esa noche, o al menos no tanto como estaba acostumbrada. Pero en un cuerpo de un metro sesenta (sin tacos), no hacía falta demasiado alcohol para causar un ligero mareo. Entré a la casa con cuidado e hice todo lo posible para no hacer el más mínimo ruido. Cerré la puerta en un susurro y me quité los zapatos, que dejé en la entrada, antes de avanzar en dirección a la cocina. Entonces recordé que la casa estaba vacía.

Reí para mis adentros mientras buscaba una botella de vino blanco y dos copas. Mis padres se habían ido a visitar a mis abuelos y no volverían hasta el lunes. Sabrina, mi hermana mayor, se había ido a estudiar a la casa de alguna de sus compañeras de Medicina. Tenía un examen muy importante en el que no podía fallar. Aunque Sabrina raramente fallaba en algo. En ese sentido, siempre había sido la hija perfecta. Ella era la hija inteligente y responsable; yo era la bonita, la que causaba dolores de cabeza.

Saqué el teléfono celular de la cartera para ver la hora. Casi las cuatro de la mañana. Lo dejé en el borde de la mesada de mármol, junto a la heladera. Prendí los reflectores del patio antes de salir descalza, en compañía de la botella y las dos copas. De no haber estado vacía la casa, probablemente hubiera arreglado ese encuentro de todos modos. Tanto mi madre como mi padre tomaban pastillas para dormir y tenían un sueño muy profundo. En cuanto a Sabrina, nunca me había importado demasiado lo que mi hermana pensara de mi vida sexual. Por supuesto que iba a juzgarme por ello si la suya era inexistente.

Dejé la botella y las copas en el borde del jacuzzi antes de prenderlo. Me tomé unos segundos para inspirar hondo y observar el cielo estrellado. A lo lejos todavía se escuchaba el murmullo de la música de la casa de los Torres. Estaba segura de que la fiesta no acabaría hasta muchas horas después, cuando el sol comenzara a teñir de sangre el cielo. Eso, por supuesto, si algún vecino no perdía la paciencia y se quejaba, incluso aunque se tratara de los Torres.

Me quité el diminuto crop top rojo y los pantalones negros que llevaba puestos y los hice a un lado. La idea era esperar a mi chico (uno de ellos, al menos) semidesnuda en el jacuzzi, con una copa de vino en la mano y la otra ya lista para él. Sabía muy bien cuánto lo calentaba aquella

situación y planeaba sacarle provecho.

Unos pasos a mis espaldas me advirtieron que, quizá, no fuera a tener tiempo de meterme al jacuzzi antes de su llegada, después de todo. Giré sobre mis talones, sonrisa de por medio. No era quien esperaba.

—OK, esto sí que es una sorpresa —reí, mientras enarcaba una ceja.

Quizá no debería haberme reído. Pero ¿cómo iba a saber yo lo que iba a ocurrir minutos después? Una mala elección de palabras y bang, estás muerta.

Capítulo 9

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte I

Es curioso el efecto que el alcohol y las drogas provocan en las personas. Hay quienes se pierden en su propio universo, completamente absortos a todo lo que sucede a su alrededor. Están los que se deprimen, los que se sienten tan abrumados por el mundo que los rodea que entran en llanto ante la menor provocación. También están los que encuentran absolutamente todo gracioso, los que ríen sin parar hasta por las cosas más estúpidas. Otros se vuelven irritables, violentos, capaces de lastimar a alguien hasta por el asunto más banal. O peor.

Pero uno de los efectos más curiosos de las drogas de cualquier tipo, sociales o no, es la desinhibición. Esa capacidad de tirar abajo muros de protección y de sacar a la luz la verdadera personalidad de alguien, sus verdaderos deseos. Lo he visto más de una vez y siempre me resulta grandioso. Sobre todo, porque cuando la gente toma y se desinhibe, se vuelve descuidada. Comete errores. Todo tipo de errores.

Como Nico la noche de la fiesta, por ejemplo. Se suponía que debía estar acompañando a su novia. Después de todo, Carolina era la única razón por la que había aceptado ir a casa de los Torres. Si no hubiese sido por la insistencia de la chica, Nico se habría quedado durmiendo en su casa, escudado en el cansancio que le había producido el vuelo desde Londres.

Varios shots de tequila después, sin embargo, Nico parecía haberse olvidado por completo de su novia y se había despegado de su lado. Lo vi acercarse a charlar animadamente con algunos de sus compañeros y compartir un par de tragos con Celeste. Incluso los vi charlar durante un buen rato en el patio, junto a la barra al aire libre que los mellizos habían improvisado. Pero no fue eso lo que más me llamó la atención.

—*Someone is being sloppy.*

Nico pegó un salto cuando me escuchó susurrarle aquellas palabras al oído, aunque "susurrar" era un decir, visto y considerando el volumen de la música, que retumbaba en toda la casa.

No hizo falta que dijera nada más para que supiera exactamente a qué me refería. Había muchos rostros desconocidos en aquella fiesta, amigos del amigo de un amigo y simples entrometidos; pero uno en particular había llamado la atención de Nicolás Anderson. Un chico de cabello castaño que había tenido la osadía de llegar a la fiesta con una musculosa blanca de

los Rolling Stones. Su familia se había mudado a Campos de Edén hacía apenas un par de semanas. Agustín Alessio.

Como era de esperar, el bueno de Nicolás Anderson se había acercado a darle al chico nuevo una cálida bienvenida. Nico siempre había sido una persona sociable, siempre dispuesto a integrar a la gente nueva. Con Agustín, sin embargo, las cosas eran diferentes. Su breve charla podría haber pasado desapercibida para cualquier otra persona, pero no para mí, por supuesto.

—No sé de qué me hablás.

Enarqué una ceja. El nuevo estaba hablando animadamente con Johanna, una de las mejores amigas de Celeste, y Nico no podía quitarle los ojos de encima.

—Vamos, Nico. Te conozco.

Capítulo 10

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte II

El día lunes, el William Shakespeare abrió sus puertas como si nada hubiera ocurrido. Como si treinta horas atrás una de sus estudiantes no hubiera sido asesinada a sangre fría en el patio de su casa. Como si más de la mitad de quinto año no hubiera sido interrogado por la policía poco tiempo después de que mi hermana encontrara mi cuerpo sin vida sobre un charco de sangre, junto al jacuzzi.

La directora del colegio, Sonia Lobos, dio un sentido discurso antes de que diera comienzo el acto oficial de inicio de ciclo lectivo. Con una mano en el pecho y un nudo en la garganta, habló del profundo dolor que significaba la pérdida de Daniela Castillo, una estudiante que sería recordada por su armoniosa risa, la calidez de su mirada y la manera en que iluminaba cada habitación a la que entraba. Palabras vacías, por supuesto. Todo el mundo sabía que, si por algo sería recordada en el colegio, no sería por ninguna de esas características.

El acto fue largo y particularmente aburrido. Hasta Juan Martín Ponce de León, el hermano mayor de Johanna, pareció morir de aburrimiento mientras sostenía la bandera, a un costado del escenario. Y no era el único. Una de las chicas de quinto curso hasta se quedó dormida en su lugar y tuvo que ser despertada de un codazo por una de sus amigas, cuando sus ronquidos comenzaron a llamar la atención. De haber sabido que aquel primer día de clases tendría un acto inicial tan somnífero, muchos ni se habrían tomado la molestia de levantarse temprano aquella mañana.

Como lo hizo Nicolás Anderson, por ejemplo, que llegó al colegio cuando el acto ya había finalizado. En su caso, sin embargo, no fue planeado. De hecho, de ser por Nico, ni siquiera hubiera asistido ese primer día. Mi muerte lo había afectado bastante y había querido quedarse acostado en su cama todo el día. Su madre, por supuesto, no se lo había permitido. Angelina decía entender perfectamente por lo que estaba pasando y, por esa misma razón, creía que era una buena idea que asistiera al colegio ese día, junto a sus amigos.

—Realmente hubiese preferido quedarme en casa —se quejó, cuando Angelina se detuvo en el estacionamiento del colegio.

—Nico —lo reprendió su madre—. Suficiente con que dejé que te saltaras

el acto. Ahora, bajate. Andá con tus compañeros. Te va a hacer bien.

El chico observó a su madre con una ceja enarcada, preguntándole en silencio si acaso hablaba en serio. Sin embargo, no dijo nada más. Aquella era una batalla perdida y lo sabía muy bien. Con un suspiro de frustración, tomó su mochila y se bajó del auto tras dirigirle a Angelina un breve saludo de despedida.

El colegio secundario privado William Shakespeare, que quedaba en los límites de Campos de Edén, era un sitio magnífico. Construido de ladrillo visto, con enredaderas que trepaban las paredes, tenía un toque mágico inigualable. Con sus tres plantas, además, imponía. La entrada estaba flanqueada por un par de columnas de estilo griego y en el frontón de la fachada estaba tallada una serie de querubines que envolvían con cintas el nombre de la institución.

Sus pasos resonaron en el pasillo vacío camino al aula que ese año se le había designado a 5.º C, ubicada en el primer piso. Ese día Nico llevaba el cabello atado en un rodete y vestía el uniforme del colegio a la perfección: blazer color vino tinto, camisa blanca, pantalones de vestir negros, zapatos y una corbata del mismo color del blazer que lo estaba ahorcando. Sentía que se estaba sofocando, aunque quizá no precisamente por la vestimenta.

—¿Nicolás?

Aquella voz provocó que su corazón se saltara un latido.

—Agustín. Hola —le sonrió.

El chico de la fiesta acababa de salir del baño de hombres que se ubicaba entre las escaleras y el ascensor para personas de movilidad reducida que llevaban al primer piso. Al igual que Nico, llevaba puesto el uniforme del William Shakespeare, aunque con un toque desaliñado que le quedaba perfecto. Se notaba que acababa de mojarse el cabello, pues lo llevaba peinado hacia atrás, con las puntas húmedas. Nico reparó en el arito plateado que pendía de su oreja izquierda, el cual no había visto en la fiesta.

—Perdí el que tenía en la fiesta —le informó, mientras se señalaba el lóbulo.

—Te queda bien. Es muy... tu estilo, supongo.

Agustín le dedicó una sonrisa.

—Lenguas, ¿no? Vamos a ser compañeros.

Nico asintió, mientras comenzaban a subir las escaleras en silencio. En la fiesta habían hablado durante varios minutos y, si bien sabía que el chico asistiría al mismo colegio que él, no tenía idea de que compartirían curso. No se suponía que aquello lo pusiera nervioso, pero lo hacía. No pudo evitar recordar nuestro intercambio de palabras la noche de la fiesta y, de repente, su rostro se ensombreció.

—Che... Lo siento mucho. Por lo de tu amiga —le dijo Agustín, en lo que llegaban a la entrada del aula—. Sé que recién nos conocemos, pero si algún día necesitás hablar con alguien... —Se encogió de hombros.

—Gracias.

Se sintió estúpido por no tener mucho más que decir, pero ¿qué se suponía que dijera? Abrió la puerta y los dos ingresaron al aula, donde ya el resto de sus compañeros estaban ubicados en sus respectivos bancos, que aquella mañana estaban desprovistos de las tablets con las que generalmente trabajaban. Sobre el escritorio del profesor estaba sentado uno de sus preceptores. En otra ocasión, le habría llamado la atención por llegar tarde. Dadas las circunstancias, sin embargo, decidió guardarse el «Muy lindo de su parte honrarnos con su presencia, Anderson» para sí mismo.

Nicolás tomó asiento junto a Constanza, que llevaba siendo su compañera de banco desde el año pasado. Delante de ellos se ubicaban Martín y Brenda Soriano, una chica pecosa de cabello castaño que era amiga de Carolina, pero con la que Nico no tenía demasiada relación. Saludó brevemente a los tres antes de sacar un cuaderno y una lapicera para tomar notas que sabía muy bien que no necesitaría, con el único objetivo de no quedarse quieto.

—¿Me perdí de algo? —le preguntó a Martín, que se había dado la vuelta.

Al frente del aula, el preceptor buscaba la lista de estudiantes en su *tablet*.

—Nada interesante. Nosotros perdimos horas valiosas de nuestro día, pero esa es otra historia.

Le ofreció una breve sonrisa al chico antes de observar de reojo a Constanza, que lo miraba con preocupación.

—No me voy a romper, así que podés dejar de mirarme así. Cuando quieras.

—Perdón, Nico. Es que estoy preocupada, nada más. Si quieres hablar...

—No quiero, Coti. Pero gracias. En serio.

La chica se mordió el labio, indecisa. Nico sabía que, internamente, se estaba preguntando si debía o no insistir. Como el preceptor alzó la voz para llamarles a todos la atención, decidió que dejaría del lado el tema, al menos por el momento. Después de todo, mi muerte había ocurrido hacía apenas poco más de un día. Nico ni siquiera había tenido tiempo como para procesar por completo lo sucedido.

—Ahora sí, buenos días a todos. —La voz del preceptor impidió que Constanza abriera la boca para agregar algo más—. Como habrán visto, no tienen las tablets en sus bancos. Eso es porque esta tarde nos llegan las nuevas *notebooks*, que van a empezar a usar mañana a primera hora. No es el único cambio que van a notar este año en cuanto a implementación de tecnología...

Las palabras del preceptor se perdieron en el aire mientras Nico desviaba su mirada hacia Agustín. Le había tocado sentarse junto a Johanna, que parecía estar diciéndole algo en voz baja, para no llamar la atención. Nico se preguntó qué podía estar diciéndole que había logrado que el chico esbozara una sonrisa, divertido. Él conocía a Johanna Ponce de León hacía años y la chica era de todo menos una persona interesante o divertida. Si tenía dos neuronas, era de pura suerte.

—Y ahora voy a pasar a tomar lista. Alessio, Agustín. —El chico alzó la mano—. Anderson, Nicolás. —Se produjo un breve silencio en el que el preceptor clavó sus ojos en Nico, mientras sostenía la tablet en sus manos—. Anderson, le estoy hablando a usted.

Nico dio un pequeño respingo en su asiento cuando sintió el codazo de Constanza. Apartó su mirada de Agustín justo cuando el chico se giraba para observar en su dirección.

—Sí, acá estoy.

—No parece —le dijo el hombre, tras observarlo de reojo—. Barbieri, Josefina —prosiguió.

Tras pasar lista, el preceptor no los retuvo más que para recordarles algunos puntos clave del código de conducta del William Shakespeare y ciertos detalles del código de vestimenta, que ya casi nadie respetaba y que había ido mutando con los años. En un principio, por ejemplo, los estudiantes varones no podían llevar el cabello largo ni tener aritos. Pero bastaba con observar a Nicolás o a Martín para darse cuenta de que aquello era imposible. Ahora, con tal de que llevaran el cabello recogido o los piercings no fueran demasiado escandalosos, el colegio se conformaba.

Ni bien abandonaron el aula, Nico sintió los brazos de Carolina alrededor de su cuello y un beso en la mejilla que no debería haberlo tomado por sorpresa, pero lo hizo. Agustín, que estaba varios metros más allá en el pasillo, hablando con Johanna y con otros de sus compañeros, lo observó brevemente antes de continuar con su conversación. Nico sintió la necesidad de sacarse de encima a su novia de inmediato y aquello lo hizo sentir terriblemente culpable.

—¿Cómo estás, amor?

Podría haberle dicho que «Bien» o que estaba «Ahí, tirando» o que prefería simplemente no hablar de eso. La respuesta que se le escapó, sin embargo, fue mucho más brusca.

—Estaría buenísimo que todo el mundo me dejara de preguntar lo mismo. En serio, ¿cuál es la respuesta que esperan después de lo que pasó? —El tono grosero de su voz provocó que Carolina apartara los brazos y lo observara con las cejas enarcadas—. Daniela no lleva muerta dos días —agregó, en voz más baja.

—Ya sé, Nico. Y por eso te lo preguntaba. Porque me preocupo por vos.

El chico se desató el rodete y se colocó la gomita entre los labios mientras se acomodaba el cabello otra vez, solo por hacer algo. Constanza y Martín, que estaban detrás de la pareja, intercambiaron una mirada elocuente. Nico soltó un suspiro una vez tuvo el cabello nuevamente atado. Intentó no observar en dirección a Agustín y Johanna, consciente de que no tenía sentido alguno sentir celos. Su novia era Carolina. Y Agustín no le podía gustar. Por muchas razones.

—Perdón, Caro. No es con vos, es solo que...

Ella también soltó un suspiro, relajó el semblante, lo tomó del brazo y apoyó la mejilla sobre su hombro.

—No pasa nada. No es fácil por lo que estás pasando, Nico.

Él observó en dirección al chico nuevo. No, definitivamente no lo era.

Capítulo 11

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte III

El martes, ya buena parte del William Shakespeare parecía haber olvidado que, poco más de cuarenta y ocho horas atrás, alguien le había disparado en la cabeza a una de sus compañeras. Solo unos pocos seguían pendientes, de manera casual, de la investigación. No los culpo. Yo hubiera tenido exactamente la misma actitud en caso de haber sido una simple espectadora de aquella tragedia y no la actriz principal. Después de todo, el show debe continuar. Uno debe seguir adelante con su vida. Y nadie me tenía tanto cariño como para mostrarse abatido. No abiertamente, al menos.

—Estás muy callada, Ce. ¿Querés...?

—No quise hablar ayer del tema, Flor, y no quiero hablar ahora. *Got it?* ¿O en qué idioma te lo tengo que repetir?

El tono que utilizó Celeste Torres para dirigirse a su amiga sin siquiera dirigirle la mirada fue determinante. Florencia abrió bien grandes los ojos, sorprendida por el arrebatado de hostilidad de la rubia. Celeste no tenía pelos en la lengua, eso lo sabía todo el mundo, pero siempre se había caracterizado por saber cómo decir hasta las cosas más desagradables con la mejor de las sonrisas. En aquella ocasión, sin embargo, había permanecido seria, observando la pantalla de su notebook, donde su profesora de Economía había compartido el programa de la materia, el cual estaba explicando detalladamente.

Pero Celeste veía sin mirar. Desde el momento en el que se había enterado de mi muerte, tras haber oído las sirenas pasar por su calle, no había podido dejar de preguntarse algo: ¿por qué no se sentía triste? O más triste, al menos. Nunca había pensado en la posibilidad de perder a una de sus amigas a una tan temprana edad, pero siempre había creído que una noticia de ese calibre la cambiaría por completo. Sin embargo, no había sido así. Se había sentido horrible tras conocer la tragedia, pero solo por algunos minutos.

Aquello, quizá, tuviera mucho que ver con que llevábamos tiempo sin ser lo que uno realmente consideraría amigas. Más que amigas éramos competidoras amigables. Competíamos absolutamente en todo, salvo nuestras notas, porque nunca habíamos sido demasiado aplicadas en cuanto al estudio. Por supuesto, maquillábamos nuestros celos y nuestra envidia en el día a día. O al menos yo lo hacía. Cuando pienso en ello, me

doy cuenta de que quizá ese tipo de sentimientos no eran recíprocos. Celeste nunca me tuvo celos o envidia. Pero sin lugar a duda se sentía aliviada de no tener que seguir lidiando conmigo. Me pregunto por qué sería.

—Te juro que si alguien me vuelve a preguntar cómo estoy por lo de Daniela, voy a estallar —refunfuñó al cabo de unos minutos, sentada sobre el banco de su hermano.

Lucas, al igual que ella, había decidido cursar la especialización en Economía y Administración, pese a que ninguno de los dos realmente les interesaba una carrera en aquel campo. Lo hacían solo por su padre y porque las otras opciones eran Lenguas o Ciencias Naturales, algo que tampoco les llamaba la atención académicamente hablando. Para ser sinceros, los mellizos no estaban seguros de qué querían hacer con sus vidas cuando acabaran el colegio.

—Florencia esta pesadísima con el tema. Te juro que en momentos como este extraño más a Joy. Por lo menos sabe cuándo quedarse callada —prosiguió Celeste. La profesora de Economía había abandonado el aula hacía ya varios minutos y parecía que la nueva profesora de Geografía llevaba retraso.

Su hermano no la estaba escuchando. Estaba echado sobre su silla, como si estuviera en un sillón en la sala de su casa. A esa altura, cuando solo quedaba un módulo para que acabara la jornada escolar, ya llevaba la corbata desanudada y la camisa blanca fuera del pantalón. Juguetecía con su lapicera retráctil sobre el banco y estaba mucho más concentrado en el clic clac de aquel elemento que en las palabras que salían de la boca de su hermana.

—Es como que estoy hablando con una pared, ¿no? Ey, Lucas. —Celeste chasqueó los dedos frente al chico, quien finalmente alzó la mirada para observarla.

—¿Qué?

—Que no me estás dando un tronco de bola, Lu.

—Estaba pensando en Daniela. ¿Sabías que nadie tiene idea de cuándo la van a poder enterrar?

Celeste se apartó el cabello del hombro.

—Supongo que es por la investigación. Todavía no tienen la menor idea de quién la mató. O por qué.

Aunque Celeste, por supuesto, estaba dispuesta a arriesgar razones. Y no era la única.

Lucas hubiese agregado algo, pero la figura de Maximiliano, su compañero de banco, lo obligó a mantener el silencio. El chico se había escapado al baño en lo que tardaba en llegar la profesora de Geografía. Le dirigió una sonrisa a Celeste que ella ignoró olímpicamente mientras se bajaba del banco de un salto y se acomodaba un poco la pollera negra con pliegues.

Se observó la pintura carmín de las uñas mientras tomaba asiento en su banco. A su lado, Florencia se había dado la vuelta para charlar con las chicas que se sentaban a sus espaldas. Celeste apoyó el codo sobre el escritorio y descansó el mentón sobre la palma de la mano. Soltó un suspiro de fastidio mientras, con la mano libre, manipulaba el pad de la notebook y abría y cerraba ventanas. Internet estaba desconectado, para evitar distracciones, por lo que no podía sacar ventaja de la tecnología con la que contaba.

La puerta del aula se abrió de repente, pero ella no le prestó demasiada atención. Geografía nunca había sido una de sus asignaturas favoritas, más que nada porque la profesora que había tenido durante los últimos cuatro años era una completa zorra que no se conformaba con nada. Celeste nunca había logrado sacar más de un siete en aquella asignatura. Por suerte, la mujer había quedado embarazada y ese año, al menos durante la primera mitad, tendrían un reemplazo.

Escuchó el sonido de una pila de libros sobre el escritorio de la profesora y comenzó a oír murmullos a su alrededor. No supo a qué se debían hasta que no alzó la mirada y vio quién era su nuevo profesor. Porque sí, era un hombre. Alguien se había equivocado al entregarles la lista de materias con sus respectivos docentes el día anterior, porque Celeste habría jurado que junto a "Geografía" decía "María de los Ángeles Romero" y no "Dante Blas".

—Muchas caras conocidas —sonrió Dante, mientras se apoyaba en el escritorio.

Llevaba el cabello castaño claro peinado hacia atrás y un par de gafas que generalmente utilizaba solo para leer. Se había dejado crecer la barba, quizá para no parecer tan joven ante un grupo de adolescentes de dieciséis años. «Como si la edad le importara», pensó Celeste con escepticismo mientras se tensaba notablemente. Se había vuelto a sentar derecha y no le quitaba al hombre la vista de encima. En parte, por la sorpresa que le causaba verlo al frente del aula. En parte, porque con el chaleco gris sobre la camisa, el pantalón de vestir y los zapatos se veía por demás atractivo.

Dante Blas era profesor de Geografía en el William Shakespeare hacía apenas tres años. Había tomado un par de horas entre los cursos menores poco tiempo después de recibirse, por recomendación de una colega. Nunca había sido profesor de Celeste y la única vez que habían intercambiado palabras dentro del ámbito escolar había sido a mitad del año anterior, cuando ella se había acercado a una de las tutorías que el hombre ofrecía en el colegio por la tarde. Su única intención en aquel momento había sido prepararse para el terrible examen que se le avecinaba. Al final, había conseguido mucho más que eso.

Celeste apartó la mirada cuando sus ojos se cruzaron con los de Dante. Centró su atención en la pantalla de su notebook, mientras abría la carpeta compartida en la que el hombre acababa de colocar el programa de la materia, para que todo el curso lo copiara a los escritorios de sus computadoras y pudieran abrirlo. Sin embargo, mientras su "ex" explicaba los contenidos que recorrerían ese año, ella no pudo dejar de preguntarse qué demonios hacía Dante allí. ¿Le habían ofrecido el curso? ¿Se había propuesto él? ¿Dónde estaba María de los Ángeles Romero?

—Entonces, ¿alguna duda? —preguntó Dante.

Celeste alzó la mano en el aire, pero habló antes de que se le cediera la palabra.

—¿Dónde está la profesora Romero? Teníamos entendido que iba a ser ella la suplente de la cátedra.

—Me refería a la asignatura, señorita Torres... Pero ya que pregunta, la profesora Romero se tomó una licencia. Fue un asunto de último momento y la directora me pidió personalmente que me hiciera cargo del curso.

Celeste no dijo nada y alguien más alzó la mano para preguntar sobre una de las unidades que verían ese año.

—Qué bueno que nos tocó el profe *hot* —le susurró Florencia en voz baja, divertida.

—Sí. No podría estar más encantada.

Durante los últimos cuarenta minutos, el profesor Blas se encargó de repasar algunos contenidos esenciales que los alumnos debían recordar del curso anterior. Logró arrancar un par de suspiros cada vez que giraba sobre sus talones para anotar algo en la pizarra, lo que causó exasperación extrema en Celeste cada vez. Al final de la clase, les recordó a sus estudiantes que repasaran para la semana entrante. No tendrían un examen formal, pero eso no significaba que no haría preguntas aleatorias

sobre los temas que habían repasado.

—Con los chicos vamos a almorzar algo a Paraíso —le dijo Lucas, que ya tenía la mochila colgada al hombro cuando ella recién estaba por comenzar a guardar sus cosas. Maximiliano esperaba a sus espaldas, expectante. Ignacio estaba hablando con alguien más, unos cuantos pasos más allá. Como Mariano cursaba en la especialidad de Ciencias Naturales, seguramente lo encontrarían en el pasillo—. ¿Vienen?

—Sí, yo obvio —sonrió Florencia.

—Claro —agregó Celeste—. Vayan yendo, los alcanzo en el estacionamiento.

Lucas no se movió. Se quedó observando fijo a su hermana durante unos segundos, pero ella procuró huir de los ojos verdes de su mellizo. Sin decir nada, Lucas se alejó del banco, le indicó con una seña de cabeza a Maximiliano que se pusieran en marcha y Florencia fue corriendo detrás de ellos. En otro momento, Celeste no hubiese podido evitar pensar lo patética que se veía a veces su amiga arrastrándose de esa manera detrás de su hermano, pero ese día en particular sus preocupaciones eran otras.

Cuando el último de sus compañeros abandonó el aula, Dante todavía estaba acomodando algunas cosas en su escritorio. Celeste se colgó el bolso al hombro y se acercó hacia él con expresión decidida. Recordó la primera vez que se había acercado a hablarle y lo irresistible que lo había encontrado. Recordó lo embriagante de su perfume, el mismo que estaba utilizando en aquel momento.

—¿No te bastó el sábado, que tenías que venir a acosarme también al colegio? —le preguntó, sin pelos en la lengua. Aunque era más una recriminación que una verdadera pregunta.

—No te estoy acosando, Celeste, este...

—Las quince llamadas que tengo en mi teléfono no dicen lo mismo.

—...es mi trabajo —suspiró—. Ya me expliqué cuando me preguntaste frente a toda el aula qué hacía acá. María de los Ángeles se tomó licencia.

—Qué conveniente, ¿no? —bufó.

Dante observó en dirección a la puerta del aula con cierto nerviosismo. Podía estar loco por Celeste, pero no estaba dispuesto a perder su trabajo por ella. Así y todo, cerró su portafolio y se acercó un paso más hacia la chica. Estaban tan cerca que a ella se le erizó la piel. Su aroma la

embriagó. El corazón comenzó a latirle con más rapidez.

—Si querés que hablemos, nos podemos ver donde siempre. Te lo dije el sábado y te lo repito ahora, Celeste. No te quiero perder.

—Tu esposa está embarazada, Dante. Vos ya me perdiste.

—La voy a dejar. No me importa que esté embarazada. Si eso es lo que tengo que hacer para recuperarte...

Celeste soltó una risa triste por lo bajo, mientras apartaba la mirada.

—Los dos sabemos que eso no va a pasar.

Hizo ademán de marcharse, pero Dante la tomó del brazo y tiró en su dirección. Sus rostros se hallaron a una proximidad tal que Celeste pudo capturar su aliento a menta cuando el hombre abrió la boca.

—Esta vez lo digo en serio, Celeste. Lo que siento por vos no...

—¿Interrumpo algo?

La voz de Florencia, que se había detenido en el marco de la puerta, resonó en toda el aula. Dante soltó el brazo de Celeste como si de repente hubiera agarrado un trozo de metal al rojo vivo. Dio un paso hacia atrás y carraspeó, mientras se acomodaba el chaleco. Celeste, por su lado, fue mucho más convincente a la hora de fingir que Florencia no había interrumpido una conversación demasiado privada.

—Para nada, señorita Bazán. La señorita Torres simplemente...

—Le estaba diciendo lo horrible que le queda ese traje. Pero creo que me tomé demasiadas atribuciones —sonrió, como si nada, antes de observar a Dante por última vez y dirigirse en dirección a la puerta.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te agarró así? —le preguntó en voz baja, segundos después, mientras avanzaban por el pasillo hacia la salida.

—Qué sé yo. Lo ofendió mi comentario. *Whatever*. ¿Los chicos nos están esperando? ¿Y Joy?

Florencia aceptó el cambio de tema sin poner demasiados peros. Celeste, sin embargo, era consciente de que el tema no moriría ahí. Iba a tener que ser cuidadosa. Su amiga podía ser muy indiscreta cuando quería.

Capítulo 12

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte IV

Cuando yo todavía estaba viva y mucho antes de que Nicolás comenzara a alejarse de nosotros, la casa de los mellizos solía ser nuestro punto favorito de encuentro. El lugar era enorme y estaba lleno de rincones en los que nos podíamos escabullir para hacer de las nuestras, sobre todo cuando sus padres no nos prestaban demasiada atención (que era la mayoría del tiempo).

Sin embargo, nuestro lugar predilecto siempre había sido el jardín trasero de los Torres. El patio era enorme y siempre estaba perfectamente cuidado. El césped verde esmeralda nunca tenía más de un centímetro de alto y el agua de la piscina siempre se veía cristalina, lista para un eventual chapuzón. Nunca había maleza en los largos canteros con flores de los costados y los árboles del fondo siempre se encontraban podados con una precisión casi milimétrica. Era nuestro pequeño cielo en Campos de Edén.

Nada en el patio trasero de los Torres parecía haber cambiado aquel miércoles por la tarde (todo lucía perfecto), excepto la compañía. Lucas y sus amigos se habían ubicado junto a la piscina, bajo un gazebo de madera, a tomar algo, pese a que eran apenas las cinco de la tarde un día de semana. Si hubiese hecho algo más de calor, probablemente algunos de ellos se habrían lanzado a la pileta. Pero pese a que el verano aún no había acabado, en aquella oportunidad la temperatura no invitaba a darse ningún chapuzón.

—¡Pará, boludo! ¿Qué estás haciendo? —Se molestó Ignacio, cuando sintió que algo pequeño y húmedo le golpeaba la comisura de los labios.

Mariano había aprovechado la distracción de su amigo, que había echado la cabeza hacia atrás en el sillón de hierro y había cerrado momentáneamente los ojos, para lanzarle una bolita de papel ensalivada. De los cuatro era el que más había tomado esa tarde y al que el alcohol siempre le pegaba un poco más rápido. Si bien le gustaba hacer ejercicio y mantenerse en forma, no tenía el metro noventa de Maximiliano o la musculatura de Lucas. Estaba convencido de que esa era la única razón por la que siempre aguantaba menos tragos que sus amigos.

—Te estás durmiendo, Nachito. ¿Querés que te cambiemos la birra por

una chocolatada? —se burló.

Maximiliano, que estaba sentado a la izquierda de Mariano, se llevó la botellita de cerveza a los labios y rodó los ojos. El chico nunca le había caído del todo bien. Y no era solo la manera que tenía de comportarse o la forma de hablar, que en más de una ocasión le recordaban que realmente no pertenecía a aquel mundo, sino algo más. Había algo en él que nunca le había terminado de cerrar del todo, algo que no le inspiraba el mismo tipo de confianza que les tenía a Lucas o a Nacho.

Maximiliano, sin embargo, abandonó rápidamente sus pensamientos cuando, a lo lejos, vio salir de la casa a Celeste y sus dos amigas. La hermana de su mejor amigo le gustaba desde hacía años. Había sido por ella, de hecho, que había comenzado a acercarse a Lucas. Nunca se había animado a hacer nada con esos sentimientos, por respeto a su amigo y porque estaba seguro de que la rubia ni siquiera lo registraba. Lo que había sucedido en la fiesta, sin embargo, le había dado esperanzas.

—Espero que estés mirando a Florencia o a Johanna... —La mano de Lucas sobre su hombro lo hizo dar un respingo en su asiento—...porque mi hermana está off-limits, ¿no?

Lucas, que se había apartado un par de metros para atender una llamada de su padre, había regresado bajo la sombra del gazebo con tanto sigilo que ninguno de sus tres amigos lo había oído llegar. Quitó la mano del hombro de Maximiliano y se dejó caer en el sillón, a su derecha. Llevaba el cabello rubio desordenado y los primeros botones de su camisa azul desprendidos. Tomó la botellita de cerveza que descansaba en la mesa frente a él y se la llevó a los labios con una media sonrisa.

—¿Qué decís? Nada que ver.

Su amigo frunció el ceño y se hizo el desentendido. Negó con la cabeza e intentó ocultarse tras un nuevo trago de cerveza. Junto a él, Mariano y Nacho discutían algo sobre el próximo clásico de fútbol.

—No es por vos, Max. Si alguno de mis amigos es lo suficientemente bueno para mi hermana, ese sos vos —se preocupó por aclarar Lucas, mientras se acomodaba mejor en el sillón—. Pero el tema es que Celeste...

Los ojos de Lucas se desviaron en dirección a su hermana, que acababa de soltar una carcajada mientras acomodaba las reposeras a un costado del jardín para tomar algo de sol junto a sus amigas. «Celeste no es lo suficientemente buena para vos» eran las palabras que, quizá, estuviera pensando en aquel momento. Porque Lucas conocía a su melliza mejor que nadie y, si bien la quería de forma incondicional, eso no significaba que no supiera quién era. Y Maximiliano era un muy buen chico como para

dejarse arrastrar por el drama de Celeste.

—Igual jamás haría nada. Por respeto a vos —agregó el chico, serio.

Lucas soltó una carcajada.

—¿Te creés que yo sería igual si vos tuvieras una hermana? —Aquel comentario sirvió un poco para relajar el ambiente—. En serio, te convienen más Florencia o Johanna. —Añadió, tras darle un nuevo sorbo a su cerveza.

—Me contó Matías Andrade que Florencia es bien gauchita en la cama —se rio Mariano, mientras hacía un gesto obsceno con la mano.

—La pinta la tiene —colaboró Nacho.

—Joy está mucho más buena, igual —volvió a opinar Mariano, mientras desviaba la mirada en dirección a las tres chicas.

—Joy está muerta con el nuevo de Lenguas. Agustín algo —recordó Maximiliano.

—¿Y? Ese tiene pinta de ser más puto... —Se produjo un silencio incómodo que sirvió para que Mariano se diera cuenta de lo que acababa de decir. Se giró en dirección a Ignacio—. No que eso tenga nada de malo, ¿no? O sea, si se la come es cosa suya, yo solo digo...

El hermano mayor de Ignacio, Jeremías Llardén, que ahora estaba en segundo año de abogacía, había salido del clóset públicamente durante su último año en el William Shakespeare. Había sido un pequeño escándalo, más que nada por cómo lo había hecho: durante el discurso de fin de año en el que le entregaba la bandera a su sucesor. Durante semanas, el colegio entero no había hecho otra cosa que hablar al respecto. Pese a que en un principio se había sentido ligeramente avergonzado, Ignacio había aprendido a sentirse orgulloso de su hermano, razón por la que nunca toleraba ningún tipo de comentarios homofóbicos en su presencia. Por suerte, nunca había tenido ese tipo de problemas con sus amigos. Al menos hasta la llegada de Mariano.

—Capaz es mejor si cerrás la boca, ¿no? —intervino Lucas cuando el chico pareció querer decir algo más que, muy probablemente, no haría otra cosa que seguir embarrando la cancha.

—No, pero en serio, no quiero que quede como que...

Lucas rodó los ojos con exasperación mientras Mariano intentaba justificarse ante Ignacio, quien no parecía tener muchas ganas de

escucharlo.

—Nunca sabe cuándo callarse, ¿no? —deslizó Maximiliano por lo bajo.

El teléfono de Lucas vibró dentro del bolsillo delantero de sus pantalones.

—¿Tu viejo otra vez? —le preguntó su amigo, cuando el chico observó la pantalla con el ceño fruncido.

—No... No es mi viejo.

Tras un momento de duda, Lucas se puso de pie.

—¿Jimena? —aventuró Maximiliano.

Jimena era la chica que trabajaba en la cafetería de Paraíso a la que siempre iban, con la que Lucas había tenido sexo la mañana de la fiesta, con el único objetivo de ganar una simple apuesta. Había intentado comunicarse con Lucas más temprano para exigirle respuestas. Aparentemente, su pequeña hazaña en el depósito del local había llegado a oídos de su supervisora. La mujer había decidido despedirla sin siquiera darle derecho a réplica, preocupada con que tener una empleada de moral suelta fuese a afectar la imagen de Heaven.

Lucas no tenía idea de cómo podría haberse enterado. Quizá él hubiera hecho un par de comentarios sobre su última conquista pasajera la noche de la fiesta, pero ¿cómo iba a saber que aquella historia llegaría a oídos de la supervisora de Jimena? Había intentado explicarle a la chica que, si la habían despedido, no era problema suyo. Él no la había obligado a nada, después de todo. Ella había tomado una decisión, plenamente consciente de las posibles consecuencias.

—Ya vuelvo —murmuró Lucas, sin responder a la última pregunta de su amigo.

Una vez más, bajó del gazebo mientras se llevaba el aparato al oído, dispuesto a atender. Se alejó varios pasos, los pies descalzos sobre el césped bien cortado, y observó una última vez por sobre sus hombros solo para asegurarse de que estaba lo suficientemente lejos de sus amigos. Maximiliano acababa de levantarse, quizá para buscar más botellas de cerveza en el interior de la casa, y Mariano e Ignacio seguían manteniendo una charla un tanto acalorada. Parecía que Nacho quería meter algo de sentido común y educación en la cabeza de alguien que no estaba dispuesto a asimilar aquellos conceptos.

—Al fin me atendés, *princeso*.

La voz grave que se oyó al otro lado de la línea estaba cargada de sarcasmo.

—¿Qué pasa?

—Perdón, cuando te llamé esta mañana seguramente estabas en el cole, ¿no? —El hombre soltó una carcajada—. A veces me olvido que no estoy tratando con un hombre de palabra sino con un pendejo de mierda.

—Soy un hombre de palabra, Ortiz. —Pese a que intentó sonar convencido, la voz le tembló un poco y Lucas se odió por ello.

—Cerraré el orto, pendejo. Si fueses un hombre de palabra nos hubiese traído la guita cuando correspondía. ¿Qué pasó el domingo?

Me morí. O más bien, me mataron. Pero Lucas era lo suficientemente inteligente como para no usar mi muerte como excusa. La gente con la que trataba no sabía de excusas de ningún tipo, solo sabía de promesas, deudas, compromisos y dinero. Sobre todo, de dinero. Se remojó los labios y se pasó una mano por el cabello dorado, nervioso. Sabía que no debería haberse metido en un problema como aquel, pero no era algo que hubiese podido evitar. O quizá, simplemente, no era algo que hubiese querido evitar.

—Van a tener su plata, Ortiz. Esta noche a más tardar. Te doy mi palabra.

—Más te vale, princeso. O la próxima vez que te vea, vas a tener un dedo menos.

Y le cortó.

Lucas se quedó unos segundos de pie en su lugar, inmóvil, con el teléfono todavía junto al oído. Iba a tener que inventarse una excusa para extraer el dinero necesario de su cuenta esa noche y realizar el pago correspondiente. Si bien tanto él como su hermana tenían tarjetas de crédito que podían utilizar sin problema alguno y una cuenta bancaria para realizar extracciones constantes, su padre siempre se metía cuando veía movimientos de sumas de dinero sospechosas. Podía no prestarles demasiada atención en el día a día, pero sin lugar a duda lo pensaba dos veces cuando de dinero se trataba.

—¿Todo bien?

Se sobresaltó un poco al oír la voz de Maximiliano, que se había acercado hasta él con una cerveza bien helada en la mano. La reacción de su amigo

provocó que enarcara un poco las cejas con curiosidad.

—Todo en orden. Era Jimena otra vez —mintió Lucas, mientras guardaba el teléfono—. Me sigue hinchando con el tema de su despido, como si a mí me importara —bufó, antes de tomar la botella de cerveza que el chico le tendía y darle un sorbo largo.

Si Maximiliano no le creyó, decidió guardarse sus dudas. Y mientras regresaban al gazebo, Lucas no pudo evitar pensar en una de las últimas cosas que le dijo cuando todavía estaba viva. «No es solo un juego, Lucas. Alguien puede salir lastimado. Y no necesariamente vas a ser vos».

Capítulo 13

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte V

Celeste observó la pantalla de su teléfono celular con una mezcla de fastidio y satisfacción culpable. Como había decidido dejar de atender las llamadas de Dante la noche de la fiesta, el hombre había procedido a enviarle mensajes. Había dejado de hacerlo durante un par de días, después de que se conociera la noticia de mi muerte. Tras su encuentro con Celeste el martes en la clase de Geografía, sin embargo, había vuelto a hacerlo.

En parte, parecía querer saber si acaso Florencia sospechaba algo. Después de todo, la chica los había encontrado en una situación comprometedoras que no se podía explicar naturalmente con la excusa que Celeste le había ofrecido en aquel momento. Ella le hubiese respondido de buena gana que no tenía nada de qué preocuparse, solo para que dejara de molestarla, si hubiese estado cien por ciento segura de ello. Pero no tenía manera de saberlo. Florencia podía ser una caja de sorpresas. Todo lo contrario de Johanna.

Pero no era aquella la única razón por la que Dante le había escrito, por supuesto. Seguía insistiendo en que quería verla, en que quería que hablaran sobre su futuro. Pero Celeste sabía a la perfección que no tenían ningún futuro, no mientras él siguiera casado. Y era consciente de que aquello no cambiaría a corto plazo, mucho menos ahora que Melisa Blas estaba embarazada. Aun así, por momentos, la idea de seguir siendo la amante de Dante le resultaba increíblemente atractiva. Nunca había tenido tan buen sexo como con él. Además, lo quería. ¿A quién estaba intentando engañar?

Cerró la conversación que mantenía con Dante antes de abrir la aplicación de música que pretendía conectar con los parlantes que tenían a un costado de la sala. Después de que el sol se hubiera escondido por completo, Celeste y sus dos amigas habían decidido regresar al interior de la casa en lugar de pasar el rato junto a su hermano y sus amigos, que después de varias botellas de cerveza ya estaban más que un poco "alegres".

Eligió una *playlist* de Ariana Grande y se aseguró de que el volumen no les impidiese poder charlar un poco. Entonces fue a ocupar su lugar en uno de los sillones de la sala, que casualmente estaba enfrente a las puertas corredizas de vidrio que daban al patio trasero. A lo lejos podía contemplar a Lucas y sus tres amigos en el gazebo, bebiendo y riendo.

Habían llevado un miniparlante con ellos para poder poner algo de música que acompañara su creciente estado de ebriedad.

—Como le contaba a Flor, Agustín es perfecto —sonrió Johanna mientras aceptaba el trago que le ofrecía su amiga, que regresaba de la cocina con tres destornilladores. Bebió un sorbo y se abrazó a uno de los almohadones—. Vivía en el sur, pero sus padres se divorciaron y él se vino con la madre. Parece que el padre le metió los cuernos. Eso no me lo contó él, obviamente, pero es lo que se comenta. Cuando pueda voy a averiguar un poco más al respecto.

»*Anyway*, en su otro colegio estaba en la orientación de Artes Visuales, porque le encanta pintar y todo eso, pero acá tuvo que conformarse con Lenguas. Odia los números y Ciencias Naturales tampoco le llama mucho la atención. Me dijo que algún día me va a mostrar una de sus pinturas —agregó, antes de darle un nuevo sorbo a su bebida, contenta con la información que acababa de compartir.

—¿Y no averiguaste nada más? —indagó Florencia—. ¿Si está soltero, si tiene novia, si le gusta algo más que agarrar una brocha...?

—Si le hace ese tipo de preguntas a los dos días de conocerlo va a quedar un poquito desesperada, ¿no te parece? —intervino Celeste, que jugaba con el sorbete de su trago, la vista fija en uno de los cubitos de hielo. Alzó la mirada—. Y obviamente esa no es la idea, ¿no, Joy?

—Exacto —asintió la chica, antes de dirigirle una mirada de reproche a Florencia y acomodarse el flequillo—. La idea es primero acercarme a él, hacerme la amiga. Después averiguar un poco más sobre su vida personal. Y que eventualmente se dé cuenta de que soy el amor de su vida —concluyó, mientras se dejaba caer sobre el respaldo del sillón y fantaseaba un poco sobre su futuro con Agustín.

Johanna era así, enamoradiza por naturaleza. Idealizaba chicos y relaciones y era capaz de armar en su cabeza historias de amor perfectas que, la mayoría de las veces, no llegaban a buen puerto. Lejos de padecer la desilusión, Johanna nunca pasaba más de tres días de luto por una decepción amorosa. Era rápida a la hora de pasar de página y encontrar al siguiente objeto de sus deseos y sueños despiertos. Antes de la aparición de Agustín, había sido Maximiliano de quien había estado "enamorada". Antes de él, Ignacio, con quien de hecho había alcanzado a compartir un par de salidas. Incluso le había llegado a gustar el hermano de Ignacio. Antes de que se supiera públicamente para qué equipo jugaba, por supuesto.

A veces, Celeste envidaba un poco a Johanna. Ojalá a ella le fuese tan fácil pasar de página, olvidarse de las personas que le habían robado el corazón. Pero nunca había tenido esa facilidad. Su primer enamoramiento

le había durado varios años, aunque había sido demasiado niña por aquel entonces. Y había sido demasiado cobarde como para siquiera pensar en decir algo. ¿Por qué arruinar una bonita amistad, además?

Su siguiente enamoramiento había sido Dante. De los que realmente contaban, al menos. Había días en los que se preguntaba cómo había terminado viéndose envuelta en semejante situación. Nunca había puesto un ojo en un hombre mayor hasta el día en que se había acercado a él para consultarle por una tutoría. Se había sentido ligeramente atraída hacia chicos mayores: uno, dos, tres años cuando mucho. Su primer y único novio, de hecho, había sido dos años más grande que ella. Pero jamás como Dante.

Recuerdo cuando me enteré de aquel romance prohibido. Porque no, no fue mi buena amiga Celeste la que decidió compartir conmigo aquel detalle de su vida. Estábamos en Paraíso, un viernes por la tarde, comprando ropa. Celeste entró al probador y dejó su celular afuera. Vi el mensaje subido de tono que le llegó y reconocí al hombre en la diminuta fotografía.

"*Someone is being naughty*", fueron las palabras con las que la recibí antes de mostrarle el teléfono en el aire. Definitivamente, alguien se estaba portando mal y, por una vez, no era yo. Sonreí. Había logrado desbloquear el teléfono sin demasiados problemas y me había puesto a leer la conversación. Respetar la privacidad ajena nunca había sido mi fuerte. La cara que puso Celeste en ese momento fue para el recuerdo. Nunca la había visto tan desconcertada, avergonzada y furiosa al mismo tiempo. Aquel incidente puso a prueba nuestra amistad.

Aunque nada se comparará jamás con lo de Rebeca, por supuesto.

—¿Distraída?

Celeste parpadeó un par de veces antes de girar el rostro en dirección a Florencia. La chica la observó con curiosidad y una media sonrisa en el rostro. Johanna no estaba en su lugar, pero su trago vacío descansaba sobre un posavasos encima de la mesita de vidrio alrededor de la cual se habían reunido. Probablemente estaba en el baño. La retención de líquidos siempre había sido su punto débil, sobre todo cuando había alcohol de por medio.

—Estaba pensando.

—¿En quién?

—En nadie. Solo pensando.

—¿En Maximiliano, quizá?

—Para nada.

Forzó una risa y frunció el ceño antes de darle un sorbo a su trago.

No estaba segura de a qué se debía la pregunta de Florencia. Quizá tuviera que ver con que la había pescado observando más allá de la puerta corrediza de vidrio, en dirección al gazebo. Pero Celeste no había estado observando a Maximiliano. Ni a nadie más. Solo había dejado que la mirada se le perdiera más allá de aquella sala, mientras ella navegaba pensamientos conflictivos.

Aunque cabía la posibilidad de que su amiga hiciera referencia a lo que había sucedido la noche de la fiesta, algo en lo que Celeste no quería pensar porque, extrañamente, le provocaba algo de culpa. No se suponía que sintiera culpa, por supuesto. Había terminado su relación con Dante más temprano ese mismo día. No le debía fidelidad de ningún tipo, mucho menos a él. Una cosa era ser capaz de racionalizarlo, por supuesto; y otra totalmente diferente, de explicárselo a su corazón.

—No sé qué película te inventaste, pero estás equivocadísima. —Trató de restarle importancia al tema.

—¿En serio? No sé, yo pensé que te gustaba. —Florencia se encogió de hombros y le dio un último trago a su bebida. Entonces clavó sus lentes de contacto celestes en su interlocutora—. ¿O te gustan mayores, como el profesor Blas?

Así que eso era de lo que realmente quería hablar. ¿Había estado esperando el momento perfecto para sacar el tema a colación? ¿Había sido aquel un ataque premeditado? ¿O solo había visto una oportunidad ideal de meter un comentario incisivo y la había aprovechado? Celeste creía conocer a Florencia lo suficiente, por lo tanto, que le preguntara por Dante no representaba en sí una verdadera sorpresa. Lo que la había dejado ligeramente descolocada había sido la manera en que lo había hecho.

Durante unos pocos segundos, Celeste se quedó sin saber qué hacer o qué decir, todavía calculando en su mente cuál era el mejor movimiento. Como si aquello fuese un juego de ajedrez y una mala movida pudiese significar quedar en jaque. Aunque de ajedrez eso era todo lo que ella sabía. Le dirigió a Florencia una enorme sonrisa, falsa por donde se la mirase, antes de decidirse a hablar.

—Nuevamente, Flor, no sé qué película te estás inventando. —Soltó una risa que sonó un poco forzada—. Si es por lo de ayer, en serio, te estás

armando una historia que nada que ver.

—Ay, dale, Celeste. No nací ayer. ¿Te esperás que me crea esa excusa barata que te inventaste? Le estabas criticando la ropa y ¿qué? ¿De repente se sintió tan ofendido que te agarró así del brazo para advertirte que no le faltaras el respeto o algo por el estilo?

—Básicamente —sentenció, antes de ponerse de pie.

—Me estás tomando por estúpida.

No era una pregunta, pero tampoco una afirmación. No precisamente. Era una acusación. Celeste se giró para observar a Florencia, que la miraba con una ceja enarcada y la cabeza inclinada hacia un costado. Su amiga no iba a dejar el tema, de ninguna manera. De la misma manera que tampoco lo había hecho yo en su momento.

—No, Flor. De hecho, creo que sos lo suficientemente inteligente como para saber cuándo dar un tema por acabado. Lo que sea que estés pensando que pasa entre el profesor Blas y yo es producto de tu imaginación. Quizá deberías ver si te podés acostar con alguien, para variar. A ver si así se acaban tus fantasías sin sentido.

Las palabras de Celeste fueron contundentes y la reacción de Florencia, predecible. Se llevó una mano al pecho, fingiendo sentirse ofendida.

—Ups... ¿Pasa algo?

El tono tentativo de Johanna, que había regresado del baño, y la manera en que pasaba su mirada de una de sus amigas a la otra dejaba en claro que había logrado escuchar lo suficiente de aquella conversación como para armarse su propia historia. A diferencia de Florencia, sin embargo, Joy era una experta a la hora de saber cuándo debía mantener la boca cerrada. Podía hablar mucho sobre nimiedades y, en ocasiones, resultar un poco pesada. Pero cuando las cosas se ponían serias, era una amiga ideal.

—Nada, Joy.

Celeste rodó los ojos, aflojó el tono y puso su mejor sonrisa.

—A Flor se le metió en la cabeza que me pasa algo con Blas, ¿podés creer? Primero, es mi profesor. Segundo, me lleva como diez años o más. Tercero, está casado. Cuarto, está esperando un hijo.

Aquel último dato causó cierta sorpresa en las otras dos chicas, que no

estaban al tanto de ese detalle en particular.

—Ay, no, obvio. No tiene sentido —se rio Johanna.

Florenia forzó una sonrisa, sin mostrar los dientes.

—Supongo que no, no tiene sentido.

Pero lo tenía. Y las tres eran plenamente conscientes de ello.

Capítulo 14

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte VI

Nico se puso la camiseta de manga corta gris, se desacomodó un poco el cabello frente al espejo y luego observó la hora en su teléfono celular. Aún corría con algunos minutos de ventaja, aunque no estaba seguro de por qué se preocupaba por llegar a horario. Generalmente era siempre el primero y le tocaba esperar a sus amigos, al menos, quince minutos, algo que siempre lo había exasperado. La solución habría sido comenzar a llegar más tarde él también, pero nunca se le había dado bien la tardanza intencionada.

Se dirigió a su armario para buscar un par de zapatillas que combinara con el resto de su atuendo y entonces escuchó los dos golpecitos en la puerta. Pese a que estaba abierta, su hermano se había detenido en el umbral y había tenido la decencia de golpear, algo a lo que no estaba acostumbrado. Si tuviera cien pesos por cada vez que Sebastián había entrado a su cuarto sin golpear ni preguntar...

—Me dijo mamá que te llevás el auto.

—Sí, me junto en la cafetería con mis amigos. ¿Por?

—No, nada. —Sebastián se encogió de hombros—. Lo necesito más tarde.

—Observó brevemente el interior del cuarto de su hermano. Sus ojos se detuvieron en la fotografía que tenía con los mellizos Torres y conmigo. Hizo una breve pausa y luego se volteó nuevamente a ver a Nico—. ¿Vas a volver muy tarde?

—No creo. Igual, si lo necesitás, pasá por la cafetería más tarde y te doy las llaves. Después me pasás a buscar o vemos.

—Dale. Cualquier cosa te aviso.

Sebastián dudó unos segundos, como si quisiera decir algo más, pero entonces giró sobre sus talones, dispuesto a marcharse. Nico se terminó de poner las zapatillas y se puso de pie.

—Seba, ¿todo bien?

Su relación fraternal siempre había sido un tanto... extraña. Nico no tenía idea de qué era aquello que a Sebastián le impedía congeniar con él. ¿Celos? Sonaba ridículo. Después de todo, su hermano mayor no solo era

más atractivo, sino que era incluso más sociable y, durante el último año, se había vuelto un excelente estudiante. En Medicina le estaba yendo mucho mejor de lo que cualquiera pudiera haber creído. Además, le gustaban los deportes y, de los tres, era el que más cosas en común tenía con su padre.

—¿Ah? Sí, sí. Todo bien. Nada más me preocupa un poco la nota del último final. Con todo lo que pasó, estaba bastante distraído en el examen. Eso, nada más. Ni te preocupes por lo del auto, Nico. Yo me las arreglo.

Su hermano le dedicó una última sonrisa antes de marcharse. Si hubieran tenido una relación más unida, Nico no se habría quedado conforme con aquella última respuesta. Pero el panorama era diferente y, de repente, comenzaba a estar muy sobre la hora para la juntada con sus amigos. Así que tomó el celular y bajó las escaleras con prisa. Saludó a su madre a lo lejos (su padre seguía en la oficina), agarró las llaves de uno de los autos, que descansaban en la bandeja negra de la entrada, y se puso los lentes de sol antes de salir.

El centro comercial de Campos de Edén no estaba tan lejos de su casa como para tener que ir sí o sí en auto, pero al verano todavía le quedaban algunos días y a nadie le gustaba caminar de más un jueves por la tarde bajo el sol abrasador de fines de febrero. Además, Nico estaba convencido de que, si no practicaba, acabaría olvidándose cómo era manejar un auto. Después de todo, él no usaba los vehículos familiares tan seguido como sus hermanos.

Acababa de estacionar cuando sintió que su teléfono celular vibraba.

¿Ya están viniendo?

La pregunta de Constanza apareció en el chat grupal que tenían con Martín. No pudo evitar sonreír, ligeramente divertido ante la idea de que, por una vez, fuese ella quien tuviese que esperar al resto. Se bajó del auto y se aseguró de poner la alarma antes de dirigirse rumbo a la cafetería. El sol pegaba tan fuerte que no se quitó los lentes oscuros hasta que estuvo en el umbral de la puerta del local.

—Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo —le dijo una voz conocida mientras le palmeaba el hombro.

Martín había aparecido sin que lo viera llegar, con sus rulos desordenados y la enorme sonrisa que lo caracterizaba. Pese a que la temperatura ese día era bastante elevada, llevaba una camisa a cuadros abierta por encima de la camiseta roja, siempre fiel a su estilo. Los dos amigos ingresaron a la cafetería y buscaron inmediatamente con la mirada a Constanza. La encontraron casi al final del local, del lado de la vidriera.

Estaba enfrascada en su teléfono, tecleando con furia. Frente a ella tenía una taza de té helado a medio beber.

—¿Nos demoramos cinco minutos y no podés esperarnos ni para pedir?
—sonrió Nico, mientras tomaba asiento frente a la chica y Martín se ubicaba junto a ella.

Constanza apartó la mirada de su teléfono.

—Ay, bueno. Tenía ganas de tomar algo. Igual ahora pedimos bien. —Bajó nuevamente la mirada para terminar de componer su mensaje. Martín intentó espiar de reojo—. ¿No viniste con Caro, Nico?

La pregunta lo tomó por sorpresa. En vez de soltar un comentario sarcástico, como que a menos que de repente su novia se hubiera vuelto invisible era evidente que no había venido con ella, Nico decidió ser un poco más sincero, pero no por eso menos ácido.

—No sabía que tenía que traerla.

Su amiga por fin abandonó su teléfono. Martín se enderezó de repente, para hacer de cuenta que no había estado espiando, aunque era obvio que lo había hecho. Aunque no había descubierto nada interesante: Constanza estaba escribiéndose con uno de sus hermanos para intentar ponerse de acuerdo en el regalo que le iban a hacer a su madre por su cumpleaños número cincuenta. Constanza era la menor de cinco hermanos, todos varones menos ella. Como tal, era la responsable de asegurarse de que su madre recibiera un regalo que pudiese disfrutar y no otro electrodoméstico o utensilio para la cocina.

—Nadie dice que tenías que traerla, Nico. Ni que fuera una mascota.
—Rodó los ojos—. Decía, nada más, porque desde que volviste de Londres parece que no se quiere despegar de vos. Pensé que quizá iban a estar juntos esta tarde y, no sé, ibas a decirle que venga. —Se encogió de hombros.

A decir verdad, Carolina le había dicho más temprano, a la salida del colegio, si no quería que fueran a tomar algo esa tarde. Pero Nico le había hecho saber que ya tenía planes, así que iban a tener que dejar esa salida para otro día. Era consciente de que, en parte, estaba evitando a su novia. Pero necesitaba poner un poco de distancia, al menos hasta que aclarara un poco sus ideas. Y sus sentimientos. La pregunta que debía hacerse, sin embargo, era si sería capaz de lograrlo.

—Caro siempre fue una novia... cariñosa.

—Pesada. —Tosió Martín, con un puño sobre los labios, para amortiguar la

palabra. Nico le dirigió una mirada de reproche.

—Pero tiene que entender que yo necesito... no sé, mi espacio. Y estar con mis amigos. Que a veces salgamos todos no significa que cada vez que yo me junte con ustedes tenga que estar ella, ¿no?

—No, obvio. Hací de cuenta que ni pregunté.

—Lo que sí deberías haber preguntado, Coti —la interrumpió Martín—, es qué vamos a querer pedir.

Una vez se pusieron de acuerdo, Martín se ofreció a ir hasta la caja a hacer el pedido, lo que les dio a los otros dos algunos minutos a solas. Constanza los aprovechó para traer a colación un tema del que no habían vuelto a hablar desde el día de mi muerte.

—¿Cómo están las cosas en tu casa?

—Bien... Si por "bien" entendemos que ni hablo con mi padre y que cada vez que veo a mi madre a los ojos siento que la estoy traicionando.

—Sí, me imagino... —Le dio un último sorbo a su té—. ¿Y tu mamá no sospecha nada? ¿Tus hermanos?

—Lo dudo. Y es que si algo hay que reconocerle a mi padre es que tiene un talento nato para mantener las apariencias. Y para vender la historia que él quiere que compres. Por algo es tan talentoso en lo que hace —admitió con cierto dejo de tristeza y resignación. Soltó un suspiro mientras apartaba la mirada—. Sebastián estuvo un poco raro estos días, aunque dudo mucho de que sea por algo relacionado a todo esto...

—Te diría que le preguntes, pero este es un asunto delicado.

—Prefiero no hacerlo. Mi hermano sería hasta capaz de justificarlo...

Constanza abrió la boca para decirle a su amigo que dudaba que alguien pudiera justificar la infidelidad de Ricardo Anderson, cuando un murmullo los distrajo. Un grupo de señoras, entre las que se contaba Betina Ocampo, le había pedido a Mónica que por favor subiera el volumen de uno de los televisores de pantalla plana que se encontraba colgado a un costado, para entretenimiento de los clientes.

Pronto, los dos amigos supieron por qué lo habían pedido. En la pantalla se podía ver a la conductora de un programa de espectáculos que a veces tocaba temas de actualidad referirse al caso que había conmocionado a la ciudad esa semana: el asesinato de Daniela Castillo. Había sido una tragedia que había cambiado para siempre la vida de los residentes del tranquilo barrio privado Campos de Edén. La policía aún estaba haciendo

investigaciones; pero, de momento, no había avances. Los principales sospechosos habían sido descartados y ahora estaban buscando pruebas que apuntaran a algún romance que pudiera haber acabado mal.

Mientras observaba la pantalla, Nico recordó otros casos de femicidios de los últimos años. Siempre los había visto en la televisión o había leído al respecto en los diarios o páginas web de noticias. Nunca le había tocado vivir uno tan de cerca. Pensó en lo que todos aquellos casos solían tener en común: tarde o temprano, la policía encontraba al culpable. Podían tardar más, podían tardar menos, pero siempre había algún detalle que terminaba apuntando en la dirección correcta.

¿Sucedería de igual manera con mi caso? Era solo cuestión de tiempo.

—No puedo creer que la policía todavía no sepa nada —comentó Martín al cabo de un rato, cuando en el programa de espectáculos habían pasado a hablar de la parejita del momento y ellos tres ya tenían consigo el pedido que habían hecho.

—Dijeron que esperaban encontrar el teléfono de Daniela pronto, que quizá eso les daba más pistas —murmuró Constanza.

—Pero, ¿qué planean encontrar? ¿Un mensaje de texto en el que el asesino le esté avisando a Daniela que va a ir a su casa a volarle los sesos?

Martín soltó un quejido cuando sintió el codo de Constanza incrustarse en sus costillas. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo crudas que habían sonado sus palabras. No había sido su intención incomodar a su amigo con aquello, pero él siempre había sido así, un poco descuidado a la hora de tratar temas sensibles. Intercambió una mirada de preocupación con Constanza, sin saber muy bien si acaso debía disculparse con Nico o no.

—Nico... —comenzó la chica.

—Ya vengo, voy al baño —se disculpó él.

El chico se levantó sin más preámbulo e hizo de cuenta que no oía cómo su amiga le recriminaba a Martín su falta de tacto. Se pasó una mano por el cabello y apuró el paso de camino al baño. Ni siquiera se atrevió a alzar la mirada para ver de reojo la pantalla del televisor, por si acaso volvía a ver mi nombre en ella, pese a que en el programa ya estaban hablando de algo más.

Abrió la puerta del baño con brusquedad y se paró frente a uno de los espejos. Observó su reflejo en él y apretó los dientes. ¿Eso era lo que había tardado en realmente afectarlo mi muerte? ¿Cinco días? Porque sí,

se había sentido abatido cuando se había enterado de que alguien me había disparado en el patio de mi casa, pero aquella era la primera vez que realmente se permitía sentir, con todas las letras. Y la sensación no era agradable en lo absoluto.

Abrió el agua fría para mojarse un poco el rostro. Llevábamos tiempo sin compartir experiencias de la manera en que lo habíamos hecho cuando éramos pequeños. Nuestras conversaciones se habían vuelto cada vez más superficiales e insignificantes. Lo de Rebeca había sido el cuchillo que había cortado el último hilo del que pendía nuestra amistad. Nico era consciente de ello. Y yo también. Pero eso no significaba que perderme no pudiera dolerle de la manera en que lo estaba haciendo.

Se aferró a los bordes del lavamos y cerró los ojos durante unos segundos, segundos en los que pretendía recuperar la compostura. Estaba seguro de que ni Constanza ni Martín pensarían menos de él por mostrar algo de debilidad con un tema como ese, pero no por eso quería hacerlo, mostrarse débil. Respiró hondo y abrió los ojos. El espejo ya no solo devolvía su reflejo, sino el de alguien más.

—Perdóname, Nico. Te vi venir para el baño y pensé... No sé, no te noté bien.

Parpadeó varias veces, un tanto sorprendido por la repentina aparición de Agustín Alessio. El chico parecía genuinamente preocupado. Nico trató de ofrecerle una sonrisa. Antes de que se le ocurriera preguntarle qué hacía allí, notó la camisa a cuadros verde y negra y el logo de Heaven sobre el pecho. No hizo falta pensar demasiado para darse cuenta de que, tras el despido de Jimena (las razones eran de público conocimiento entre los adolescentes de Campos de Edén), el lugar había tenido que contratar a alguien más.

—No pasa nada, estoy bien —le dijo Nico, mientras giraba sobre sus talones.

Agustín dudó.

—¿Seguro? —insistió. Nico bajó la mirada y se mantuvo en silencio—. La conocías, ¿no? A la chica que mataron...

—Daniela.

—A Daniela. Perdón.

—Éramos amigos —suspiró Nico—. Lo fuimos durante un tiempo, al menos. —Se pasó una mano por el cabello, incómodo—. Ver su nombre en la pantalla y escuchar hablar del caso... No sé, supongo que me removió

todo.

—Debe ser terrible. No me puedo ni imaginar por lo que estás pasando.

Durante un segundo pareció que Agustín se iba a acercarse a donde estaba Nico. ¿Para ofrecerle un abrazo? ¿Un apretón de manos? ¿Una palmada en el hombro, quizá? Sin embargo, el chico se quedó en su lugar y Nico se movió hacia un costado para secarse bien las manos bajo el aire caliente del secamanos eléctrico.

—Es... No importa. Ya se me va a pasar, supongo.

—Dicen que el chocolate ayuda a levantar el ánimo. —Nico lo observó por sobre el hombro con el ceño fruncido con curiosidad. Agustín prosiguió—: No puedo hacer mucho más que ofrecerte un brownie *on the house*.

—No hace falta, Agustín. En serio —rió Nico.

—Insisto. No me cuesta nada.

Los dos chicos se miraron en silencio durante un par de segundos.

—Gracias, en ese caso. Vuelvo con mis amigos —agregó, señalando con un dedo la puerta del baño—. Si me tardo unos segundos más, Constanza lo va a mandar a Martín a ver qué pasa, si es que no entra ella a buscarme primero.

—No te robo más tiempo —le sonrió Agustín.

Capítulo 15

CAPÍTULO 2

Alguien puede salir lastimado

Parte VII

La primera vez que había pescado a Nico observando a un chico de una manera sospechosa había sido hacía poco más de un año, cuando yo apenas tenía quince y él, todavía catorce. Por aquel entonces yo estaba de novia con un chico dos años mayor que yo, exquisito a la mirada. Estábamos en el patio trasero de mi casa, tomando sol junto a la piscina. Recuerdo perfectamente la manera en que Nico lo miró cuando salió del agua y se sacudió el cabello, como hacen los chicos lindos en las películas. También recuerdo lo que le dije en ese momento, "Tenés suerte de que no sea celosa", y cómo él se puso colorado desde los pies hasta la cabeza.

No era muy diferente a la manera en que había estado mirando a Agustín esa noche, en la fiesta.

—Lo que sea que estés insinuando, Dani... estás muy equivocada —murmuró, antes de darle un trago a su cerveza y apartar la mirada de Agustín y Joy.

—*Darling*, yo nunca me equivoco. Además, harían muy linda pareja, mirá.

Desbloqueé mi teléfono para abrir la galería y mostrarle una de las tantas fotos que había tomado esa noche. En ella, Nico se inclinaba sobre Agustín para decirle algo al oído, quizá porque el volumen de la música no les permitía comunicarse efectivamente. Era una imagen inocente, incapaz de levantar sospechas ante una mirada ajena. Pero yo sabía a la perfección que la inseguridad de Nico lo pondría nervioso. Y así fue.

—Sabés que no me importa, igual —continuó, mientras guardaba mi teléfono—. Soy perfectamente capaz de guardar secretos. Y sé que vos también.

Los dos sabíamos muy bien a lo que me refería, pero Nico prefirió hacerse el desentendido. Debería haber sabido en ese momento que lo mejor era no presionar con el tema. Pero él no era el único que se estaba pasando de copas esa noche.

—Acá no hay ningún secreto que guardar —balbuceó, incómodo.

Hizo ademán de marcharse, pero yo me interpuse en su camino. No lo iba a dejar escapar tan fácilmente. Jimena, una chica que trabajaba en Heaven, pasó junto a nosotros y nos miró con curiosidad. No le devolví la

mirada. Ni siquiera estaba segura de qué hacía una chica como ella, de tan poca clase, en una fiesta como aquella.

—Sí que lo hay. —Pese a que sonreía, como si estuviéramos manteniendo una simple charla de amigos, mi tono insinuaba algo más—. Y yo no voy a decir nada, siempre y cuando vos mantengas la boca cerrada respecto a lo de Rebeca.

—¿Me estás amenazando? —me preguntó con una nota de incredulidad en su voz.

—Para nada, Nico. Solo digo que sería una lástima que... no sé, alguien le muestre esta foto a tu novia y que Caro se haga la cabeza con algo que nada que ver, ¿no?

—No te puedo creer...

—Obviamente, eso no va a pasar. Como te dije, sé guardar secretos.

—Hice una breve pausa—. ¿Y vos, Nico? ¿Sos capaz de mantener la boca cerrada?

Aquellas, definitivamente, no eran las palabras que mi "amigo" quería escuchar.

—Andate bien a la mierda, Daniela.

Y me hizo a un lado de un empujón.

Capítulo 16

CAPÍTULO 3

No debería haberlo hecho

Parte I

Un *remix* de Rihanna sonaba a todo volumen. La canción tenía más de siete años y muchos podían considerarla un tanto vieja para la ocasión, pero Celeste Torres siempre había sentido debilidad por ese tipo de música pop. Si alguien la encontraba inadecuada, no se notaba. Dentro de la sala principal de la casa, todo el mundo se movía al ritmo de la música, mientras las luces de colores creaban destellos psicodélicos sobre las cabezas de adolescentes embebidos en alcohol y otras sustancias.

Fruncí el ceño con cierto grado de molestia cuando un grupito se puso a saltar sin control y casi me tira un vaso de cerveza encima. Me aparté un poco del tumulto y fue entonces cuando observé que, cerca de las escaleras, Nico le quitaba a su novia un vaso de la mano. Por un momento creí que solo lo hacía porque él también quería beber un poco (pese a que ya había bebido suficiente), pero entonces lo vi dejar el vaso a un costado y obligar a la chica a ponerse de pie. Carolina no parecía estar en muy buenas condiciones.

Aquella era la oportunidad perfecta para redimirme con Nicolás, o al menos probar otro enfoque. Iba a acercarme a ellos cuando sentí el celular vibrar en mi mano. El mensaje en la pantalla decía algo así como:

¿No tenés ganas de divertirse un poco?

El mensaje terminaba con el emoji de una berenjena.

Con la lengua entre los dientes y media sonrisa en el rostro, me aparté un poco más para responder de la única manera en que sabía hacerlo:

¿Cuándo no tengo ganas de divertirme?

Lo siguiente que recibí fue una fotografía recién tomada del bulto que se escondía bajo los pantalones de aquel chico. Escribí otra respuesta, calculada hasta el más mínimo detalle, y a los pocos segundos recibí una segunda imagen, esta vez un tanto más reveladora que la primera.

Me mordí el labio y alcé la mirada. Nico y Carolina ya no estaban. Por un momento consideré olvidarme del chico que me estaba mandando fotos *hot* y que, claramente, quería tener sexo esa noche. Pero solo por un momento. Con el celular todavía en mano, me abrí paso entre la gente hasta salir al jardín delantero de los Torres. Cuando el sonido

ensordecedor de la música se apagó un poco, decidí llamarlo.

—¿Se puede saber qué hacés despierto a esta hora?

Oí un estallido de carcajadas a un par de metros de donde me encontraba. Un chico se acaba de caer sobre uno de los arbustos y sus amigos no paraban de reírse de él.

—Estaba estudiando, pero me aburrí. Entonces se me ocurrió que hay otra forma en la que podría estar repasando Anatomía...

—No podrías ser más cliché.

—Un poco —se rio él—. ¿Qué decís? ¿Nos vemos? ¿O todavía estás en la fiesta de los Torres?

—Todavía estoy en la fiesta, pero veámonos. Ya le saqué todo el provecho que le podía sacar, de todos modos. Además, si no te ayudo a repasar, ¿cómo vas a aprobar después?

Los dos nos reímos.

—¿Querés venir a casa? Mis viejos duermen.

—Y los míos no están. Además, tengo el jacuzzi.

Capítulo 17

CAPÍTULO 3

Parte II

Mi entierro tuvo lugar el siguiente sábado. Mi padre tuvo que hacer uso de algunos de sus contactos para lograr que liberaran mi cuerpo lo antes posible. La autopsia no había arrojado ningún dato revelador y los interrogatorios que se habían llevado a cabo tampoco habían ayudado demasiado en la investigación. ¿Quién podría tener motivos para meterle un balazo en la cabeza a una chica de dieciséis años, después de todo?

Más de una persona, en mi caso.

Lloviznaba tenuemente esa mañana en las afueras de la ciudad. Al entierro asistió prácticamente todo Campos de Edén. Tanto los que guardaban algún tipo de cariño por mí, aunque fuese mínimo, como quienes me odiaban desde lo más profundo de su ser. Después de todo, lo más importante era mantener las apariencias. Demostrar tristeza y compasión, aunque por dentro pensarán que me lo tenía merecido solo por vivir mi vida según mis propias reglas, de acuerdo a mis propios estándares.

—No puedo creer que Daniela esté muerta —murmuró Constanza Maldonado.

Había ido al funeral junto a su familia, pero había terminado escabulléndose para estar junto a su amigo. Constanza sabía que, pese a la distancia que se había instalado entre nosotros durante el último año, Nicolás alguna vez había sido mi amigo. A ella yo nunca le había caído demasiado bien, así que pese a sentir algo de pena, mi muerte no la afectaba. No realmente. Pero no podía ni comenzar a imaginarse lo que Nico estaba sintiendo en ese momento. Debía estar devastado. Bastaba con recordar el día en la cafetería.

—Yo sigo sin entender quién pudo haber hecho algo así —agregó Martín, que cada tanto se ponía a jugar con el *piercing* que tenía en la lengua—. Nunca fue una persona muy agradable que digamos... Auch. —Constanza acababa de propinarle un codazo—. ¿Qué? Es la verdad. Eso no quita que lo que le pasó es horrible, pero una cosa es una cosa...

La chica rodó los ojos, exasperada, antes de voltearse a observar cómo aquella declaración había afectado a Nicolás. Pero él no parecía escandalizado por las palabras de Martín, no esa vez. Después de todo,

Nico mejor que nadie sabía que el chico tenía razón.

—Seguro van a atrapar al asesino.

—Sí... seguro —suspiró Nico, tras observar de reojo a su amiga, que le había dado un apretoncito fraternal en el hombro—. Deberíamos ir yendo.

La pequeña ceremonia había terminado y la mayoría de los asistentes le estaban ofreciendo sus condolencias a mi familia. Algunos en verdad se sentían apenados por semejante tragedia, otros se limitaban a escupir palabras vacías, carentes de cualquier sentimiento. Pero mis padres no estaban en condiciones de distinguir un gesto de otro; ambos estaban destrozados. Mi madre había llorado tanto desde la madrugada en la que recibió aquel terrible llamado que ya no tenía lágrimas que derramar. Mi padre, que siempre había sido un hombre de rostro alegre, parecía haberse olvidado por completo de cómo sonreír. Y no lucía como si fuese a recordar la mecánica del gesto en ningún futuro cercano.

Tras acercarse a saludar brevemente a mi familia, Nico y sus dos amigos comenzaron a alejarse en dirección al estacionamiento, ubicado muchos metros más allá del enorme campo verde donde se encontraban todas las tumbas. Poco a poco la llovizna había cesado, por lo que ya no necesitaban protegerse debajo de los paraguas. Caminaron en silencio, cada uno preguntándose algo diferente sobre el sentido de la vida.

Fue a pocos metros de donde se encontraba el auto de su familia que Nico cruzó miradas con los mellizos Torres. Efraín Torres estaba apoyado en un árbol, ocupado con su celular, y los mellizos estaban de pie frente al auto, hablando en voz baja. Esperaban a su madre, que se había quedado hablando con otras de las mujeres de Campos de Edén. Eran muchas las personas que se preguntaban qué podría haber hecho yo como para tener un final semejante. Y eran muchas las teorías, también.

—Che, vayan yendo —les dijo Nico a Constanza y Martín.

—¿Seguro? —le preguntó él, que había detectado de inmediato el intercambio de miradas.

—Vamos yendo, Tincho. —Constanza lo tironeó del brazo.

A diferencia de Martín, a ella nunca le había importado que Nico fuera amigo de los Torres. Aunque tampoco entendía cómo alguien como él podía haber sido amigo de los mellizos, visto y considerando cuán diferentes eran sus personalidades. Nico era un chico inteligente, centrado, responsable, amable... y los Torres se creían los reyes del colegio. Por supuesto, ni Constanza ni Martín tenían idea de que, cuando querían, los mellizos podían ser personas totalmente diferentes. Y Nico

también.

—Nos hablamos después, Nico. Llamame por cualquier cosa.

—Gracias, Coti.

Nicolás soltó un breve suspiro y, durante un segundo, dudó. ¿Era una buena idea volver a buscar la compañía de los mellizos después de lo que había sucedido? Sobre todo, si tenía en cuenta que llevaban sin hablarse hacía meses, y no solo por sus vacaciones a Londres. Nico había dejado de hablar con Lucas y Celeste mucho antes de su viaje. Desde lo de Rebeca, para ser más exactos. Y si bien la noche de la fiesta, al menos él y Celeste habían limado asperezas, eso no significaba que todo hubiera vuelto a ser como antes. Nada nunca volvería a ser como antes.

Al final, avanzó en dirección a los mellizos, quienes decidieron encontrarlo a mitad de camino, quizás para poder hablar con mayor tranquilidad, sin su padre cerca. No que Efraín les prestara demasiada atención, después de todo. Su padre nunca había sido un hombre particularmente demostrativo o que se interesara demasiado por la vida de sus hijos, a menos que se metieran en algún tipo de problema. Eso, sin embargo, no significaba que fuera un padre que no se preocupaba por sus hijos. Efraín estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de protegerlos.

—Creo que una parte de mí todavía no cae —suspiró Nico.

—Te entiendo —asintió Celeste—. Por momentos pienso que en realidad es todo un sueño. Una pesadilla, más bien. Que voy a despertar en cualquier momento.

Lucas permaneció en silencio, con la mirada perdida.

—Anoche soñé con ella. Bueno, y con ustedes también. Éramos chicos otra vez y estábamos en las hamacas de la plaza a la que solíamos ir cuando estábamos en la primaria. ¿Se acuerdan?

—Siento que fue hace un millón de años —murmuró Celeste.

—Sí, pasó mucho tiempo.

—Y pasaron muchas cosas en el medio —intervino Lucas. Hizo una breve pausa—. La policía encontró el teléfono de Daniela. Lo estuvieron revisando.

Nico se hizo el confundido ante el repentino cambio de dirección en la charla. Observó a quien alguna vez había sido su mejor amigo con curiosidad, como si no comprendiera realmente a qué apuntaba. Pero lo sabía a la perfección. Mi celular podía contener información sensible y

problemática, sobre todo para ellos tres. Ese es el problema con los secretos en esta nueva era de la tecnología. Cuando una se muere, los secretos no siempre se mueren con una.

—¿Pensás que...?

—No lo sé. Puede ser.

—No podés tirar una bomba así y decirme “Puede ser” —se quejó Nico—. ¿Vos sabés algo, Lucas?

—Incluso si Daniela llegase a tener algo sobre lo de Rebeca en su teléfono —se metió Celeste, con cuidado de mantener un tono de voz bajo—, no importa, ¿no? Siempre y cuando nos apeguemos a la historia que contamos en su momento...

Nico se pasó la lengua por los labios, un poco nervioso. Mentir sobre lo que había ocurrido esa noche llevaba pesándole en la conciencia durante los últimos meses. Las primeras semanas se había despertado a mitad de la noche, cubierto en sudor frío tras una horrible pesadilla que lo dejaba con una sensación de angustia insoportable en la garganta. En el fondo sabía que la única forma de deshacerse de la culpa era confesar. Pero no podía. Ya era demasiado tarde. Hay decisiones de las que uno simplemente no se puede arrepentir.

Pero ese no era el único secreto que preocupaba a Nicolás. Algo más había sucedido entre nosotros la noche de la fiesta.

—Supongo que tenés razón —murmuró. Se pasó una mano por el cuello desnudo. Se había atado el cabello en un rodete en aquella ocasión.

—Sé que no querés mentir sobre lo que pasó esa noche, Nico. —El chico alzó la mirada para observar a Lucas a los ojos—. Pero ¿realmente tenemos opción?

Quiso decirle que sí, que por supuesto tenían otra opción. O que al menos la habían tenido en su momento. Podría haber dicho la verdad y aceptar las consecuencias. Pero ese tren ya había partido hacía meses y ya no podían echarse atrás. Se le escapó un bufido que casi podría haberse confundido con una risa. Y es que Nico no pudo evitar pensar en la ironía de la situación. Por intentar proteger un secreto había terminado encubriendo uno mucho peor.

Soltó un suspiro y alzó la cabeza. Clavó sus ojos en las nubes grises y esponjosas que daban vueltas sobre ellos. Una vez más, la fotografía que tenía en su mesa de noche, junto a la cama, cobró vida en su mente. Había sido un hermoso día de verano, con un sol dorado y brillante cuya luz habían aprovechado hasta el último segundo. Habían reído todo el día

y habían terminado exhaustos. Su única preocupación en aquel momento habían sido los dedos arrugados de las manos y los pies. ¿En qué momento había pasado de eso a...?

—*Fuck*. —El impropio de Celeste interrumpió sus pensamientos—. *Fuck, fuck, fuck*.

Nico no supo qué era lo que había provocado aquella reacción en su amiga hasta que giró sobre sus talones y observó, a lo lejos, a un vehículo policial atravesar las verjas del cementerio privado y detenerse en el estacionamiento. No fueron los tres amigos los únicos que repararon en la curiosa aparición del vehículo. Poco a poco, varias docenas de pares de ojos se fueron posando en los dos oficiales que descendieron del coche.

«Esto no puede estar sucediendo», se dijo Nico. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando vio la dirección en la que se dirigían los dos oficiales: iban directo hacia donde estaba estacionado el auto de su familia. Durante un par de segundos, no escuchó nada más que un zumbido, como si hubiera explotado una bomba y se hubiese quedado parcialmente sordo.

Vio a su madre acercarse a los dos oficiales y comenzar a hablar con ellos. Y entonces, sin darse cuenta, comenzó a avanzar hacia ellos. Primero con paso tentativo. De repente, empezó a correr. En su mente no dejaba de preguntarse si acaso su destino estaría marcado de ahí en más por lo que la policía había encontrado en mi celular sobre lo de Rebeca o sobre la noche de la fiesta.

Cuando Angelina vio que su hijo menor se dirigía hacia ellos a toda prisa, se apartó de los oficiales de policía para detenerlo. Su rostro lucía sereno, pero Nico pudo ver el brillo de preocupación en su mirada. Sintió las manos de su madre en sus hombros y oyó, a sus espaldas, los pasos de los mellizos Torres. El resto de la gente que observaba la escena no se animaba a acercarse aún. Aquello era un accidente a punto de ocurrir y todos querían contemplar desde lejos el momento del choque.

—Mamá, ¿qué está pasando?

—Nico, va a estar todo bien. Vos no te preocupes, ¿sí? Yo me voy a encargar de aclarar esta situación.

Nicolás sintió que las rodillas se le aflojaban.

Y entonces observó una imagen que lo desconcertó por completo cuando inclinó la cabeza para ver más allá de la escena que su madre estaba tratando de cubrir, quizá inconscientemente. Vio a uno de los oficiales acercarse a donde estaba el resto de su familia. Vio a su padre sacar el teléfono y comenzar a marcar un número con un ligero tinte de

desesperación. Vio a Valeria llevarse las manos al rostro para cubrirse la boca. Y vio a Sebastián avanzar junto al oficial en dirección al patrullero.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

Capítulo 18

CAPÍTULO 3

Parte III

—¿No vas a desayunar?

—No tengo hambre.

Valeria se quedó observando a su hermano menor, preocupada. Ser la mayor nunca había encajado realmente con su personalidad. Siempre le había resultado imposible ocupar ese espacio de hermana responsable o de sentar el ejemplo. Pero, en momentos como ese, parecía que sus instintos cobraban vida por sí solos. Aquella mañana se había levantado temprano para preparar el desayuno y se había encontrado con que Nico ya estaba despierto. No parecía que hubiera dormido en lo absoluto, de hecho.

En silencio, Valeria puso agua en la pava eléctrica, buscó dos tazas, dos saquitos del mejor té inglés y sacó de la alacena un paquete de galletas de chocolate que puso en un plato. Lo colocó todo sobre el desayunador de la cocina y tomó asiento en una banqueta frente a su hermano, que tenía una carpeta delante de él y fingía leer sin realmente prestar atención a lo que tenía escrito en aquellas hojas.

Alcanzó a ver que se trataba de la carpeta de Francés y supuso que la profesora Matilde St. Pierre seguía con su política de tomar su famosa evaluación diagnóstica. St. Pierre era descendiente de franceses y se tomaba muy en serio su materia. Aquella evaluación, que en realidad debería servir para entender el estado del conocimiento que sus estudiantes habían adquirido el año anterior y para tomar decisiones de acuerdo a dichos resultados, había terminado convirtiéndose en el indicador de quiénes aprobarían o reprobarían la materia ese ciclo lectivo. Cualquiera que desaprobara pasaba a estar en la lista negra de St. Pierre.

—Siempre odié Francés, pero te puedo ayudar, si querés. Algo me acuerdo. —Ofreció como excusa para entablar una conversación. La verdad era que recordaba muy poco.

—Gracias, pero no me hace falta.

Por supuesto que no le hacía falta. Incluso en la peor de las situaciones, Nico se las ingeniaba siempre para obtener una buena nota. Era de los mejores estudiantes de su clase. Aquello era algo que, muy en secreto, yo siempre le había envidiado. No tanto las notas en sí, sino la facilidad que tenía para el estudio. Ya hubiese querido yo no tener que esforzarme para

que me fuese bien en alguna materia. No que fuese una estudiante modelo, de todos modos. Mis notas no eran precisamente por lo que me recordarían en el William Shakespeare. Ni por todas las otras sartas de estupideces que la directora había mencionado en el discurso de la semana anterior.

Valeria soltó un suspiro y se bajó de la banqueta para ir a apagar la pava y servir las dos tazas de té. Usó azúcar para el de su hermano y edulcorante para el suyo. Cuando regresó al desayunador con las infusiones, Nico seguía estancado en la misma página. Pero señalarle aquel detalle no iba a servir en lo más mínimo, Valeria era plenamente consciente de ello. Así que, en lugar de dar vueltas, decidió ir directo al grano.

—Sebastián va a estar bien, Nico. Sabés perfectamente la clase de abogada que es mamá. Este malentendido se va a aclarar en un abrir y cerrar de ojos.

La chica se acomodó el cabello negro hacia un costado y le dio un sorbo a su taza de té antes de decidir que estaba demasiado caliente. Observó con duda las galletas que había puesto en el plato y, tras un momento de indecisión, optó por tomar una. Podía romper la dieta un domingo, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que había atravesado su familia en las últimas veinticuatro horas.

Su madre se había marchado junto a su hermano para ocuparse de aquel asunto y ellos se habían quedado con su padre. Pasado el momento de sorpresa inicial, Ricardo Anderson había llamado a cuanto contacto conocía para saber con precisión de qué se trataba todo ese circo. Nico no recordaba haberlo escuchado tan fuera de sí alguna vez. El hombre que casi había perdido la compostura el día que él había regresado de Londres y le había hecho frente respecto a sus segundas intenciones parecía un cachorrito comparado con aquel otro.

Ricardo estaba indignado y así se lo hizo saber a un alto funcionario del gobierno local con quien había compartido sus años de secundario y con quien todavía mantenía contacto. No podía creer que la policía hubiese llegado a mi funeral de esa manera, con toda la intención de montar una escena. De dar algún tipo de ejemplo. Y es que estaban tan estancados con el caso que cualquier cosa que pudiera semejarse a un avance tenía que ser publicitada de algún modo. ¿Y qué mejor lugar que el entierro de la víctima?

Pero Sebastián no había sido detenido por mi asesinato y así se los había hecho saber Angelina cuando regresó con su hijo a la casa, un par de horas después. La policía solo quería interrogarlo y, dada las circunstancias, no habían podido esperar hasta el lunes. Las excusas que le habían ofrecido habían sido muy pobres. Angelina también estaba

indignada, por supuesto. Era consciente de que la forma en la que las autoridades se habían comportado tenía mucho que ver con lo que provocaba no solo el apellido Anderson, sino también el apellido Machado. Después de todo, su padre siempre se había dedicado a defender a los peores criminales. No precisamente el camino que ella había seguido durante los últimos años.

—No es eso. Es que... —Nicolás hizo una pausa, como si estuviera tratando de reformular lo que estaba a punto de decir—. ¿Vos sabías que Sebastián tenía algo con Daniela?

—Sabía que estaba saliendo con alguien, no sabía que era Daniela.

Nico removió su té en un acto reflejo antes de agregar algo más.

—Jamás me lo hubiera imaginado.

—Yo tampoco, Nico. Aunque visto y considerando...

Pero Valeria pareció pensarlo dos veces y decidió que era mejor callarse. Pero era obvia la manera en que continuaba aquella frase: «Aunque visto y considerando lo zorra que era...». Sebastián, después de todo, no era la única persona con la que yo me acostaba. Había otros nombres dando vueltas, mucho más públicos que el hijo del medio de los Anderson. Todos habían sido interrogados ya. Todos tenían una coartada.

Nico se quedó en silencio durante un rato, pensativo. Decidió darle un sorbo al té que le había preparado su hermana y apartar una galleta, incluso aunque no la fuese a comer. De repente, la actitud que había tenido Sebastián durante la última semana cobraba algo de sentido. Mi muerte lo había afectado más de lo que Nico podía haberse imaginado y ahora sabía con exactitud por qué. Y es que quizá para mí hubiese sido solo sexo, pero para Sebastián claramente había sido algo más.

—Me hubiese gustado que confiara en nosotros —murmuró.

—¿Vos nos contás todos los detalles de tu vida amorosa, Nico? ¿A Sebastián o a mí? —Su hermana enarcó una ceja. No le estaba recriminando nada, solo estaba intentando darle algo de contexto a las decisiones de su hermano.

El silencio de Nico fue toda la respuesta que Valeria necesitó. No, por supuesto que no les contaba todos los detalles de su vida amorosa. Apenas si su familia sabía que estaba saliendo con Carolina, solo porque la chica solía aparecerse por la casa de los Anderson de vez en cuando para recordárselo. Pero él jamás había discutido con ninguno de sus dos hermanos los detalles de su relación con la chica, como el hecho de que no se habían acostado todavía, y no precisamente porque ella no quisiera.

Tampoco les había hablado a sus hermanos sobre sus dudas respecto a su sexualidad, esas que habían comenzado muchísimo antes de su viaje a Londres. De mencionarles el episodio con Shawn, ni hablar. Aquello ni siquiera se le había cruzado por la cabeza. Aunque para Nico era diferente. Saber que Sebastián estaba saliendo conmigo no debería haber cambiado en absoluto la opinión que tenía de él, después de todo.

—Solo espero que mamá sea capaz de aclarar todo. Sebastián jamás sería capaz de hacer una cosa así.

No, Sebastián podía ser capaz de muchas cosas, pero jamás haría algo semejante. Su conciencia no lo hubiera dejado vivir con ello.

El sonido del timbre provocó un breve sobresalto en los dos hermanos.

—¿Quién podrá ser? —se preguntó Valeria en voz alta, con el ceño fruncido, antes de ponerse de pie y dirigirse hacia la entrada.

Llevaba puesta una musculosa rosada que dejaba a la vista su abdomen y unos pantalones cortos diminutos de *jean*, pero no sentía necesidad de ponerse algo más para abrir la puerta, incluso aunque desconocía con quién se encontraría al otro lado.

Nico oyó murmullos, pero no les prestó demasiada atención. Le dio otro sorbo a su té antes de enfocar su atención en la carpeta de Francés del año anterior, donde había reunido todos sus apuntes. Seguía mirando renglón por renglón sin realmente entender qué estaba leyendo. Por más que intentara concentrarse, le resultaba imposible. La aparición de la policía el día anterior lo había afectado mucho más de lo que dejaba entrever, que ya era bastante. Y no solo por el destino de su hermano o la posición en la que había quedado su familia. Cuando había visto a los oficiales había pensado que lo buscaban a él, que lo de Rebeca finalmente iba a salir a la luz.

—Buenos días, amor.

Alzó la cabeza, sorprendido, cuando oyó la voz de Carolina. Se encontró con la figura de su novia de pie en el umbral de la cocina. Lo observaba con una mezcla de preocupación, curiosidad y pena que a Nico lo hizo sentir increíblemente incómodo. Valeria no apareció detrás de la chica ni siquiera para ir a recoger su taza de té a medio beber. Quizá quería darles privacidad, ante la idea errónea de que un momento a solas con su novia le haría bien a su hermanito menor.

—Caro... ¿qué hacés acá?

—Pensé que te iba a hacer bien la compañía... teniendo en cuenta lo que pasó ayer. No te escribí antes para no atosigarte y hoy, bueno, decidí que era mejor pasar a ver cómo estabas.

Nico abrió la boca para decir algo, pero no encontró palabras. Cerró la carpeta de Francés y le ofreció a Carolina una sonrisa tentativa. El gesto era muy dulce, pero no era lo que él necesitaba en ese momento. Aunque si le preguntaban qué era lo que necesitaba, tampoco hubiese encontrado la respuesta. Solo sabía que no era la compañía de su novia. No podía decirlo, sin embargo. No sin entrar en otro tipo de discusiones; no sin ahondar en un tema que no estaba preparado para afrontar.

—¿Eso es Francés? *Je peux vous aider avec ça*. —Se ofreció a ayudarlo, mientras se acercaba y se le sentaba al lado.

—Sí, es Francés. Pensé que me iba a ayudar a despejarme, pero la verdad es que no me está sirviendo de mucho —suspiró Nico. Una manera gentil de rechazar la ayuda que su novia le estaba ofreciendo.

—Entonces decime cómo te puedo ayudar, Nico. Lo que sea.

Carolina lo tomó del brazo y apoyó la cabeza sobre el hombro del chico. Olía a flores y vainilla.

—Podemos ver una película. —Era la única forma que se le ocurría de pasar tiempo junto a su novia sin tener que hablar sobre sus sentimientos, ya fuese respecto a lo de su hermano o a cualquier otra cosa—. Nos podemos tirar en el sillón de la sala y ver algo, si no te molesta.

—Para nada —le sonrió ella, antes de darle un beso en la mejilla.

Nico se terminó lo que le quedaba de té antes de preguntarle a ella si acaso no quería algo de beber. Agradeció mentalmente que Carolina no propusiera que subieran a su cuarto para mayor privacidad. Dudaba que su novia fuese a intentar que su relación pasara al siguiente nivel físico, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias, pero prefería no tentar a la suerte. Incluso antes de irse a Londres y de que sus dudas se acrecentaran, quedarse a solas con ella en su habitación le había resultado conflictivo.

Sin mucha más charla de por medio, la parejita agarró algunos suministros de la cocina y se mudó hacia la sala. Carolina parecía conforme con el simple hecho de ofrecer su compañía, ante la creencia de que aquello ayudaría a Nico a sentirse mejor. Él, por otro lado, se pasó la mitad de la primera película preguntándose durante cuánto tiempo más

podía mantener a aquella farsa.

Y no se refería únicamente a su noviazgo con Carolina.

Capítulo 19

CAPÍTULO 4 **Parte IV**

La posible implicación de Sebastián Anderson en mi asesinato estuvo en boca de todo Campos de Edén a lo largo de la siguiente semana. Pese a que tanto Angelina como Ricardo se encargaron de aclarar en sus círculos sociales que su hijo no había sido acusado de nada, solo interrogado debido a la relación que mantenía conmigo, todo el mundo sabía que aquella sería una mancha difícil de limpiar.

Era una suerte que Sebastián ya hubiese terminado el colegio secundario y estuviera en la facultad, donde solo algunos de sus compañeros estaban al tanto de lo sucedido. Porque en el William Shakespeare no se hablaba de otra cosa. A donde quiera que uno dirigiese la mirada parecía encontrarse con dos estudiantes cuchicheando sobre aquel tema.

Nicolás no la estaba pasando bien. Por suerte, tenía a sus amigos más cercanos y a su novia para protegerlo de los susurros o desviar su atención de ellos. E incluso tenía viejos amigos que estaban dispuestos a poner un punto final a cualquier chisme sobre su hermano, aunque él no estuviera al tanto de ello.

—¿Quieren cerrar el pico?

Pese a que había sido formulada en forma de pregunta, aquella oración era una orden tajante. Solo por si no había quedado claro que no le agradaba en lo más mínimo que estuvieran criticando en voz baja al hermano de Nicolás, Celeste acompañó sus palabras con una ceja enarcada y una mirada de advertencia.

Florencia, que era quien había insistido con el tema, pareció experimentar un segundo de contradicción.

A su lado, Felicitas González se mordió el labio inferior con algo de arrepentimiento. A diferencia de Florencia, Felicitas no tenía un ápice de maldad en sus huesos. Su problema era que se dejaba llevar muy fácilmente por lo que decían los demás, en particular su novio Guillermo. El chico se había convertido en uno de los principales detractores de Sebastián, probablemente por los rumores de que Ricardo Anderson había sido el responsable del despido de su padre. Aldo Gándara solía trabajar en el área de Marketing de la misma empresa que Ricardo. La situación de su despido era todavía un tema confuso.

—Perdón, pero que Nicolás sea tu amigo no significa que tengamos que pasar por alto lo que hizo su hermano —murmuró Florencia por lo bajo.

No había podido quedarse callada.

—No seas ridícula, Florencia. ¿Realmente creés que Sebastián sería capaz de algo así? Por favor.

—No es lo que yo creo, es lo que la policía...

—La policía no levantó cargos. Lo citaron a declarar, nada más.

Florencia abrió la boca para decir algo, pero Felicitas se encargó de intervenir.

—Chicas, la profesora viene para acá.

Estaban en la clase de Economía y la profesora se había encargado de asignarles un trabajo en grupo. Debían leer una sección del segundo capítulo del libro de texto y contestar algunas preguntas. En lugar de recluirse detrás de su escritorio y observar a los estudiantes desde la distancia, la mujer había decidido monitorearlos de cerca, para asegurarse de que estuvieran trabajando.

Celeste le pidió a Felicitas que relejera el último párrafo mientras hacía algunas anotaciones en lo que la profesora pasaba detrás de ella. Observó de reojo a Florencia, que parecía estar avanzando por su cuenta, y no pudo evitar pensar en lo mucho que las actitudes de la chica la estaban molestando últimamente.

Florencia era como una pequeña piedra en su zapato de la que no parecía ser capaz de librarse, sobre todo desde que se había animado a preguntarle por Dante. Celeste había creído que el tema había quedado zanjado aquella tarde, cuando había señalado la ridiculez de sus palabras. Sin embargo, no había sido ese el caso. El sábado, de camino al funeral, la chica había vuelto a hacer un comentario mordaz al respecto. Y el lunes, durante uno de los recreos, la escena se había repetido.

Pero Celeste no supo qué tan lejos estaba dispuesta a llegar Florencia para probar su romance con Dante Blas hasta la clase de Geografía de aquel jueves. Todo marchó con normalidad, al menos al principio. Celeste se obligó a concentrarse en el contenido de la clase y no en la persona que la estaba impartiendo. Aquel día, Dante lucía incluso más atractivo que de costumbre. El chaleco le ajustaba el torso y la camisa dejaba ver que, a diferencia de muchos otros miembros del cuerpo docente, el hombre se ejercitaba de manera constante.

—Silencio, por favor —le pidió a la clase—. El cuestionario que les acabo de compartir es para que lo lean y empiecen a trabajar en silencio, no para que se pongan a charlar con el compañero de al lado. Si tienen

alguna pregunta, se acercan a mi escritorio.

Celeste hizo doble clic en la carpeta compartida y copió el archivo al escritorio de su notebook. Abrió el archivo con las doce preguntas que Dante había confeccionado para sus estudiantes, el primer trabajo práctico del año, que deberían entregar en un plazo de una semana y media. Las preguntas eran bastante sencillas y, seguramente, estaban más destinadas a medir el compromiso de los alumnos que a otra cosa. Eso no evitó que Florencia se pusiera de pie y se acercara al escritorio del profesor.

Fue la risita fingida de su amiga lo que le llamó la atención. Celeste apartó la vista de su pantalla para observar a la chica, que se había parado a un costado del escritorio de Dante y se había inclinado un poco hacia adelante con la excusa de ver más de cerca el monitor de su computadora. La pose era claramente seductora. Florencia incluso se había quitado el blazer y se había desprendido los primeros botones de la camisa de manera "casual". Sus intenciones eran tan obvias que incluso algunos de sus compañeros habían comenzado a murmurar entre ellos.

—Dije silencio —insistió Dante.

O estaba ciego o estaba disfrutando del coqueteo de la alumna. Cualquiera fuese la opción correcta, sirvió para que Celeste comenzara a experimentar un calor interior que nada tenía que ver con la vergüenza. No, era otro el sentimiento que la estaba invadiendo en ese momento, y no era en lo absoluto bueno. De haber tenido un lápiz en la mano, probablemente lo hubiese partido a la mitad.

—¿Pasa algo, Ce? —le preguntó Florencia con total falsedad al cabo de unos minutos, cuando regresó a su banco sonriente tras haber aclarado todas sus "dudas".

En lugar de demostrar un ápice de la ira que la habitaba en ese momento, Celeste decidió recuperar la compostura y se limitó a devolverle a su "amiga" la sonrisa.

—Para nada, Flor.

Si Florencia quería jugar a ese jueguito, entonces iba a darle el gusto. Y ya sabía exactamente cuál sería su próximo movimiento. Lo que fuera con tal de alejar a la chica de ese camino de sospechas que se había empeñado en seguir. Si, además, en el proceso lograba despertar celos en Dante y que ni siquiera se le cruzara por la cabeza mirar a Florencia o cualquier otra estudiante con otros ojos, pues mucho mejor.

Fue por eso que, en cuanto sonó el timbre que indicaba la finalización de la clase, en lugar de recoger sus cosas, Celeste se dirigió hacia el banco

de su hermano. Lucas, que siempre guardaba todo con anticipación, ya estaba de pie, listo para salir. No fue con él con quien se detuvo a hablar, sino que aprovechó el asiento que su mellizo había dejado libre. Su objetivo era Maximiliano Tobal.

—Te espero en el auto, Ce —le dijo Lucas a su hermana. No era muy difícil para él adivinar sus intenciones.

Ella lo despidió en el aire antes de centrar su atención nuevamente en el otro chico.

—Max, *darling*, necesito tu ayuda.

Aquellas palabras parecieron sorprender a Maximiliano, que enarcó las cejas y se rascó el puente de la nariz en un acto reflejo, ligeramente confundido.

—¿Mi ayuda? ¿Por? O sea, ¿con qué?

—Nada, con este trabajo que nos asignó Blas. Geografía no es precisamente mi fuerte y a vos no te va nada mal. Pensé que quizá nos podríamos reunir a hacerlo juntos.

Maximiliano no era el mejor de la clase ni mucho menos. Tenía buenas notas en algunas asignaturas, como Geografía, pero en realidad era un estudiante promedio. Trataba de esforzarse en mantener buenas calificaciones porque sus padres eran bastante exigentes: le habían dicho que, a menos que tuviera un buen desempeño académico, no lo dejarían participar del equipo de natación. Y aquella era su verdadera pasión, el agua.

—Eh... Sí, supongo que sí. O sea, sí, claro. Seguro.

Incluso aunque no hubiese tenido buenas notas en aquella asignatura, a Maximiliano jamás se le habría ocurrido negarse a un pedido de Celeste. La hermana de su mejor amigo siempre lo había ignorado un poco (al igual que a todos los amigos de Lucas), a excepción de la noche de la fiesta. Y pese a que Max sabía perfectamente que aquello había sido producto del alcohol, la música y las hormonas, en el fondo no había dejado de aferrarse a la posibilidad, aunque pequeña, de que quizá para Celeste ya no fuese uno más del montón.

—¡Ay, gracias! Sos un divino, Max —le sonrió, mientras le ponía una mano en el hombro—. Te prometo que de alguna manera te lo voy a recompensar —agregó, antes de inclinarse sobre él y darle un beso en la mejilla.

Inmediatamente, las mejillas de Maximiliano adquirieron un ligero tinte rosado. El chico le ofreció a Celeste una sonrisa, pero se quedó sin palabras. Sin lugar a duda, no se esperaba aquello. A ella su reacción, lejos de parecerle patética, se le antojó un tanto tierna. Max era un chico muy bien parecido, alto, con un físico perfecto y un rostro agraciado. Y tampoco era como si le faltara confianza... a menos que se tratara de ella, por supuesto.

—Bueno, te dejo, que Lucas me debe estar esperando. Después te escribo para ver cuándo nos juntamos, ¿dale?

Sin decir más, Celeste le dirigió al chico una última sonrisa antes de apartarse del banco de su hermano y regresar al suyo, donde todavía tenía que reunir sus cosas. Trató de no prestarle demasiada atención a Florencia, que ya estaba a punto de marcharse y que la observaba con curiosidad. No era estúpida y una simple actuación como aquella no iba a convencerla tan fácilmente de que no estaba interesada en su profesor, pero aquella era solo la primera etapa de su plan. Porque cuando Celeste se comprometía con algo, siempre llegaba hasta el final.

Mientras guardaba su carpeta y sus libros en su bolso, Celeste tampoco le prestó atención a la figura de Dante Blas, que siempre aguardaba en su escritorio a que el último estudiante abandonara el aula. Sí advirtió, sin embargo, que cuando Maximiliano se marchó y se despidió con un: "Nos vemos, profe", el hombre ni siquiera le devolvió el saludo. De espaldas a él, Celeste sonrió. Era increíble cómo un plan tan simple podía resultar tan efectivo.

Aunque Celeste debería haber sabido en ese momento que incluso los planes más simples pueden traer consigo las peores de las complicaciones.